
HARLEQUIN
Jazmin
LOS BESOS DEL JEFE
ELIZABETH HARBISON



LOS BESOS DEL JEFE

Elizabeth Harbison



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2006 Elizabeth Harbison
© 2018 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Los besos del jefe, n.º 2115 - marzo 2018
Título original: In Her Boss's Arms
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
® Harlequin, Jazmín y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited. Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.:978-84-9170-774-5

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Prólogo

Veinticinco años atrás

Sólo podemos adoptar a una niña –dijo la mujer, con firmeza–. Sé que tiene dos hermanas, pero sólo podemos… no podemos criar a tres niñas.

Virginia Porter, directora del orfanato Barrie de Brooklyn, miró a la joven pareja que quería adoptar a la niña identificada sólo por una pulserita en la que decía *Laurel*. Eran una pareja aceptable, de eso no había duda. El informe no había revelado nada preocupante y Virginia sabía que para unos padres que sólo podían permitirse cuidar decentemente de un niño, cuidar de tres sería demasiado.

Aun así, se le rompía el corazón al ver a las tres niñas jugando juntas, sin saber que una de ellas se marcharía para siempre.

–Por favor, compréndalo –insistió Pamela Standish–. No es que no nos gusten las otras dos niñas. Podríamos haber elegido a cualquiera de ellas, pero la morenita se parece más a nosotros y esperamos que eso la ayude a sentirse parte de la familia.

–Cariño, quizá podríamos pensarlo… –intervino su marido.

–No podemos –lo cortó su esposa, con más dureza de la que a Virginia le hubiera gustado–. Y querríamos que se guardara el archivo hasta que cumpla los dieciocho años. Aunque pensamos decirle que es adoptada, no quiero que nadie mire sus papeles hasta que sea mayor de edad.

Virginia intercambió una mirada con sor Gladys, la tierna monja que ayudaba a cuidar de las niñas.

–Hay leyes que la protegen de eso, señora Standish.

–Yo le he escrito una nota –dijo sor Gladys–. Sobre su estancia aquí y sobre sus hermanas.

–Yo no quiero que sepa nada de ellas –insistió Pamela Standish–. Eso la haría sentir que se ha perdido algo, que le falta algo.

–Pero tiene que saberlo –perseveró sor Gladys–. Algún día podría querer conocer a sus hermanas.

–Calle, sor Gladys –la reconvino Virginia–. Eso depende de ellos y usted lo sabe.

La discusión fue interrumpida por una vocecita. La niña rubia, Lily, se dirigía hacia su hermana apoyándose en unas piernecillas aún temblorosas.

–Lau –repetía, decidida. Lily era la más obstinada de las tres y nunca dejaba que nada se interpusiera en su camino.

Pamela Standish puso un brazo protector sobre Lauren, como si temiera que la pequeña Lily se la quitara.

–Hola, Lau –sonrió la niña, abrazando a su hermana–. Te quiero, Lau. No te vayas. No te vayas.

Sor Gladys empezó a llorar.

Capítulo 1

El frío viento que soplaba desde el río Hudson atravesaba el delgado abrigo de Laurel Midland, haciendo que las hojas bailaran bajo la verja de hierro de la mansión Gray.

A ambos lados había hectáreas y hectáreas de viñedos. Era un paisaje muy solitario y la casa parecía aislada de todo.

Laurel miró, insegura, el taxi que ya se alejaba por la estrecha carretera.

Ella nunca había trabajado antes como niñera, pero había aceptado el puesto porque sabía que era capaz de hacerlo y hacerlo bien.

Pero mirando la casa que tenía delante empezó a preguntarse si aquello habría sido un error. Aquel sitio parecía un mausoleo. Era difícil imaginar que alguien viviera allí y mucho menos una niña de seis años.

Desde luego, no se veía ninguna señal de que allí hubiera un niño; ni una bicicleta, ni juguetes de plástico, ni muñecas abandonadas en el jardín…

Nada.

Por un momento, Laurel consideró la idea de darse la vuelta, pero eso era imposible. Necesitaba dinero y también la protección que una fortaleza como la mansión Gray podía ofrecerle. Tendría que olvidar su aprensión como fuera.

Además, cuidar de una niña pequeña era mucho más fácil que el trabajo que había estado haciendo durante los últimos tres años: cuidar niños enfermos en Europa del Este, poniendo vacunas y enseñándoles a hablar inglés. Aquel trabajo sería el intermedio perfecto entre el infierno por el que había pasado y la vida que estaba decidida a vivir.

Una vida tranquila, en el norte del país quizá, como profesora.

Una vida normal.

¿Lo conseguiría algún día? Dado su pasado, no parecía posible.

Y dado su presente… en fin, la idea parecía inverosímil. Su situación nunca podría ser normal.

¿Podría encontrar la manera de salir de aquel embrollo?

El viento volvió a levantarse y el frío la hizo temblar. Nunca se

había sentido tan sola. No quería dejarse llevar por el miedo, pero había algo tan siniestro en aquel viento helado… como si estuviera advirtiéndole en susurros que saliera corriendo mientras pudiera hacerlo.

Pero Laurel nunca había huido de nada y no pensaba hacerlo ahora, por mucho miedo que tuviese. Como la mayoría de las emociones, era una ilusión. Una mentira.

Una de tantas mentiras en su vida.

De modo que levantó una mano y pulsó con firmeza el timbre de la entrada.

Enseguida oyó un chasquido y luego una voz:

–¿Sí? ¿Quién es?

–Laurel Midland. La nueva niñera.

–Ah, sí, espere, por favor.

Volvió a oír el chasquido y luego, unos segundos después, la verja de hierro empezó a abrirse, como los brazos del juicio final abriéndose para ella.

Laurel sacudió la cabeza y sujetó con fuerza la maleta en la que llevaba todas sus pertenencias: algo de ropa, su pasaporte y documentos personales y la pulserita con su nombre que había llevado de pequeña en el hospital.

Respirando profundamente para darse valor, tomó el camino que llevaba a la casa.

Levantó el brazo para llamar al timbre, pero la puerta se abrió de inmediato y una mujer bajita y gruesa de pelo blanco la saludó con una sonrisa.

–Señorita Midland, nos alegramos muchísimo de que haya llegado. Yo soy Myra Daniels, el ama de llaves. Llevo aquí cincuenta años. Pase, por favor, no se quede ahí, hace mucho frío –la mujer le quitó la maleta y, sin dejar de hablar, la acompañó por el hermoso vestíbulo de mármol–. Bienvenida a la mansión Gray –dijo luego, dejando la maleta al pie de una gran escalera.

–Gracias –respondió Laurel, quien debía admitir que, por el momento, el recibimiento estaba siendo más cálido de lo que esperaba.

–Usted se encargará de Penny. Tiene seis años y la pobre lo ha pasado muy mal. Sus padres sufrieron un accidente de tráfico en Italia hace año y medio y su madre, Angelina, murió.

El corazón de Laurel se encogió de compasión por la niña a la que aún no conocía.

–Lo siento mucho.

Myra Daniels asintió con la cabeza.

–Fue una tragedia. Su padre está buscando alguien que cuide de ella, pero tiene sus propias ideas sobre la clase de niñera que debería ser… y se equivoca.

Laurel se percató de que no había dicho que estuviera llorando la muerte de su esposa, pero no iba a preguntar, naturalmente.

–¿Qué clase de persona considera adecuada para educar a su hija?

Myra hizo un gesto con la mano.

–No se preocupe por eso. Usted será perfecta, se lo digo yo. Miles subirá su maleta a la habitación… ¡Miles! ¡Miles!

–Ya voy, ya voy –un hombre alto y encorvado, tanto que su postura era casi una interrogación perfecta, se acercó por el pasillo. Su cabeza calva brillaba bajo los apliques de luz de la pared–. No hace falta que grites… Ah, hola. ¿Es usted la nueva niñera?

–Sí, lo soy. Me llamo Laurel Midland –contestó ella, ofreciéndole su mano.

–Miles Kerry –sonrió el hombre, revelando una boca de dientes torcidos–. Es usted muy joven.

–No tan joven, no crea.

–¿Ha conocido a Gray?

–No, aún no –contestó Myra Daniels por ella–. Tú sube su maleta a la habitación mientras yo le enseño la casa.

–Eso no será necesario –oyeron una voz masculina tras ellos–. No va a quedarse.

Sorprendida, Laurel se volvió para ver a un Adonis acercándose por el pasillo. Llevaba ropa informal pero, por alguna razón, a él le quedaba como si fuera vestido de gala. De hecho, por su rostro y su forma de caminar, tenía un aspecto exageradamente formal, casi estirado.

–Es el señor Gray –le informó Myra, tomando a Laurel del brazo–. Charles, te presento a Laurel Midland, la nueva niñera de Penny.

Él miró al ama de llaves con gesto impaciente y luego se volvió para clavar sus ojos en Laurel. Tenía un rostro de facciones hermosas: nariz recta, labios firmes, una mandíbula sólida y masculina y el pelo de un tono castaño claro que le daba el aspecto de un chico joven que hubiera estado jugando todo el día al aire libre.

Pero esos ojos, fríos y penetrantes, definían toda su apariencia. Esos ojos eran los ojos de un hombre que había visto demasiado y dudaba de todo.

–Me parece que habíamos dejado bien claro este asunto –le dijo al ama de llaves.

–Sí, desde luego –asintió Myra–. ¿No vas a saludar a la señorita Midland?

Todos se quedaron en silencio y Laurel decidió tomar al toro por los cuernos.

–Encantada de conocerlo, señor Gray –sonrió, ofreciéndole su mano. Lo mejor sería portarse con normalidad, pensó. Sería una tontería dejarse intimidar.

Pero cuando él miró la mano, sin estrecharla, Laurel la apartó.

–Me alegra mucho estar aquí.

Charles Gray la miró de arriba abajo.

–¿Ah, sí?

–Sí… y estoy deseando conocer a Penny –contestó ella. ¿Qué otra cosa iba a decir? Al fin y al cabo, aquel hombre iba a ser su jefe–. Estoy segura de que vamos a pasarlo muy bien juntas.

–Van a pasarlo muy bien –repitió él, mirando a Myra Daniels antes de volver a mirarla a ella–. ¿Cree que ésa es la labor de una niñera, que la niña a la que cuida lo pase bien?

Laurel no sabía cuál era la respuesta correcta a esa pregunta… o más bien la respuesta que aquel hombre esperaba, pero decidió que lo mejor sería mostrarse sincera.

–Yo creo que es una parte importante del trabajo.

Él miró a la señora Daniels de nuevo.

–Supongo que verás cuál es el problema.

–¿Perdone? –inquirió Laurel.

Charles Gray no se molestó en mirarla siquiera.

–Lo más importante no es que mi hija lo pase bien sino su educación, como todos vosotros deberíais saber.

De repente, Laurel sintió que estorbaba, como si estuviera en medio de una discusión que no le concernía.

–Charles, tienes que darle una oportunidad –le rogó la señora Daniels.

–Lo siento –murmuró Laurel, cortada–. ¿Puedo hacer algo para aliviar su preocupación, señor Gray?

Él se volvió para mirarla.

–No, me parece que no.

Laurel sintió que el puesto de trabajo se le escapaba de entre los dedos.

–Sé que es difícil encargar la educación de su hija a otra persona, pero le aseguro que la niña y yo nos llevaremos muy bien. No tiene por qué preocuparse.

Gray la miró, con una media sonrisa irónica.

–Es usted muy optimista.

–En este tipo de trabajo, yo creo que es bueno ser optimista.

La verdad era que debía ser optimista. De no ser así, y dada la triste situación de su vida, tendría problemas para levantarse de la cama cada mañana.

–Yo diría que es mucho mejor ser realista –replicó Charles Gray–. En cualquier tipo de trabajo.

Ella se encogió de hombros.

–Es posible. Pero es mejor para Penny que yo sea optimista.

Gray pareció contener una sonrisa o un gruñido, no estaba segura.

–¿Y para quién es mejor que sea usted tan discutidora?

Laurel sonrió.

–Yo prefiero pensar que soy persistente. La persistencia es buena para todo.

Él asintió, pensativo.

–Señorita…

–Midland.

–Señorita Midland, parece usted una buena chica.

A Laurel no le gustó nada lo de «chica», pero no dejó de sonreír ante lo que, con toda seguridad, para él era un halago y no una observación condescendiente.

–Gracias.

–De modo que lo que voy a decir puede sonar un poco brusco –Gray arrugó el ceño–. Y le pido disculpas de antemano.

–No lo entiendo.

Miles, que estaba a su lado, dejó escapar un largo suspiro. Cuando Laurel lo miró, el hombre parecía alegrarse de no ser él quien estaba recibiendo lo que empezaba a sonar como una reprimenda.

Myra Daniels lo fulminó con la mirada.

Evidentemente, Charles Gray tenía acobardados a sus empleados, pero Laurel estaba decidida a no dejarse asustar.

–¿Qué quiere decir con eso?

–Ah, veo que es usted muy directa –sonrió él entonces. Y esa sonrisa transformó su rostro. Pasó de ser amenazador a enormemente atractivo. Los dientes blancos, perfectos, de un capitán de fútbol, las arruguitas alrededor de los ojos verdes, un principio de hoyitos en las mejillas…–. Eso me gusta.

El corazón de Laurel dio un saltito y tuvo que decirse a sí misma que era por la sorpresa de la sonrisa, no por su atractivo.

–Me alegro. Porque tengo la impresión de que usted también lo es.

–Absolutamente.

–Entonces nos llevaremos muy bien, ¿no cree?

En realidad no tenía esa impresión, pero había tenido que lidiar con gente difícil muchas veces y estaba segura de que podría manejar a Charles Gray.

Además, un hombre como él convertiría un gesto de debilidad o inseguridad en un campo de batalla.

Y aunque Laurel se sentía insegura, necesitaba aquel empleo con tal desesperación que no pensaba dejar que se le escapara de las manos. Su padre ya no podía trabajar y apenas tenía dinero para pagar la hipoteca y los gastos de la casa, especialmente en invierno.

Laurel nunca había tenido una relación muy cercana con su padre, que era un hombre bueno, pero siempre le dejaba las decisiones a su mujer. Su madre, que había fallecido unos años antes, había sido una mujer dominante y celosa que esperó hasta que Laurel cumplió los dieciséis años para decirle que era adoptada. Y luego insistió mucho en que ella la había querido mientras sus padres biológicos no la quisieron. No fue fácil para Laurel vivir con una mujer así y, seguramente, para su padre habría sido aún peor.

De modo que ahora estaba solo y deseaba que pudiera vivir en paz. Con el dinero que ella ganase podría pagar la hipoteca. Necesitaba aquel trabajo no sólo por ella, sino por su padre.

–Sí, creo que puedo predecir que nuestra relación se basará en la sinceridad y la honestidad –dijo Charles Gray.

Los zapatos de Miles chirriaron sobre el suelo de mármol mientras se alejaba por el pasillo.

Myra lo observó alejarse con cara de pocos amigos y Laurel intentó averiguar lo que estaba pensando, pero sólo consiguió una sonrisa de ánimo. De modo que se volvió hacia Charles Gray.

–Me alegro. Yo creo que es una buena forma de empezar.

–Podríamos decirlo así –suspiró él, mirando al ama de llaves–. Supongo que tú te encargarás de solucionarlo todo, ¿no?

Con eso debía referirse a los detalles del contrato, pensó Laurel. Pero Myra no parecía contenta en absoluto.

–Charles, yo creo que deberías reconsiderarlo…

–Estoy seguro de que lo crees, Myra.

Laurel tuvo que hacer un esfuerzo para no gritar: «¿Se puede saber qué demonios está pasando aquí?»

–Dale una oportunidad –siguió el ama de llaves–. Por favor. Hazlo por Penny.

Al oír el nombre de su hija, Charles Gray apretó los labios.

–Estoy pensando precisamente en ella.

–Pues yo no creo que sepas lo que necesita. Penny debería estar con alguien enérgico y joven. Alguien que pueda traer algo de alegría a esta casa…

–Yo sé lo que mi hija necesita –la interrumpió Charles Gray, su voz haciendo eco por el vestíbulo como el rugido de la bestia del cuento.

Pero Myra no se dejó amedrentar.

–Pues yo creo que la señorita Midland es perfecta.

Laurel carraspeó, incómoda. Ella había aceptado un puesto de niñera, nada más. Y no sabía si quería aceptar la enorme tarea que Myra quería poner en sus manos.

Charles Gray miró a su ama de llaves durante unos segundos y luego dijo:

–Por favor, dale un cheque a la señorita Midland.

–¿Un cheque? –repitió Laurel, sabiendo que había perdido la batalla. Pero una cosa que había aprendido en la vida era que, a veces, uno podía darle la vuelta a la situación con la simple audacia de… no darse por enterado–. El acuerdo era que me pagase a final de cada semana.

–O cuando sus servicios no fueran necesarios –replicó Charles Gray.

–Espere –dijo Laurel, deteniéndolo cuando iba a darse la vuelta.

Él levantó una ceja.

–¿Está diciendo que quiere que me vaya?

–Eso es.

–Pero mi trabajo… ¡acaba de contratarme!

–Lo siento –Charles Gray se encogió de hombros–. Pero está despedida.

Capítulo 2

Despedida? –repitió Laurel, incrédula–. ¿Me está despidiendo antes de que haya empezado a trabajar?

Era una palabra tan horrible… Nunca antes la habían despedido.

–No necesitamos sus servicios –dijo él, con frialdad, como si no sintiera simpatía alguna.

–Pero… ¿cómo es posible? Hace una semana necesitaba una niñera.

–Eso es discutible –contestó él, mirando al ama de llaves.

–Mire, sé que quiere usted una persona diferente a mí pero, con todo respeto, no he visto una larga fila de niñeras estilo Mary Poppins esperando en la puerta.

–Sólo entrevistamos después de dar cita.

–En realidad, tiene razón –intervino Myra–. No tenemos más candidatas por el momento y necesitamos a alguien de inmediato.

Fueron interrumpidos por el sonido de unos pasos y cuando Laurel giró la cabeza vio a una niña de largo pelo castaño y un vestido que parecía demasiado estrecho para ella. Iba con la cabeza agachada, canturreando una canción mientras jugaba con el pelo de una muñeca…

Cuando levantó la cabeza, Laurel se percató de que se había puesto pálida. Iba a darse la vuelta, pero la llamó:

–¡Hola!

–Penny, vuelve aquí –la llamó Myra.

La niña se dio la vuelta, a regañadientes.

–Ven aquí, cariño. No pasa nada.

–Deja a la niña –intervino su padre–. No tiene sentido. ¿Para qué confundirla?

–Ésta es la señorita Laurel –siguió el ama de llaves, sin hacerle caso.

–Myra… –le advirtió Charles Gray.

Laurel no sabía qué decir, pero sí sabía que no podía darle la espalda a aquella cría, la contratase su padre o no.

–Hola, Penny –sonrió, poniéndose en cuclillas–. Qué muñeca tan bonita. ¿Cómo se llama?

La niña no contestó. Y tampoco la miraba a la cara.

Por el rabillo del ojo, Laurel vio que Charles estaba mirando al ama de llaves, como diciendo: «¿Lo ves? Yo tenía razón».

Laurel señaló el nombre bordado en el anticuado vestido de la muñeca.

–¿Margarita?

La niña asintió con la cabeza.

–Es un nombre muy bonito. Y le va muy bien con su pelo dorado.

Penny miró al suelo.

–Margarita lleva un vestido nuevo –explicó Myra.

Detrás de Laurel, Charles emitió un bufido de impaciencia o quizá de desaprobación.

–¿Puedo verlo? –preguntó Laurel. Y Penny le dio su muñeca, sin decir nada.

Era, desde luego, una preciosa muñeca de porcelana, de piel muy pálida, ojos azules y mejillas pintadas de rosa. Parecía una antigüedad, pero el vestido verde de flores aún tenía las marcas de haber estado doblado en una caja.

–Es preciosa –Laurel intentó mirar la muñeca más de cerca, pero Penny la sujetaba por un brazo–. ¿No quieres que la vea?

La niña negó con la cabeza, tirando para recuperar la muñeca. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

¿Tenía miedo de ella?, se preguntó Laurel.

–Espero que me la enseñes más tarde. Pero si no quieres hacerlo, no importa.

Pensó que iba a salir corriendo y que Charles Gray la echaría de su casa pero, para sorpresa de Laurel, Penny vaciló un momento antes de hablar:

–Está enferma –dijo en voz baja–. Tiene el brazo roto –añadió, abriendo la mano para mostrarle un trocito de porcelana.

–Oh, no.

–¿Eres enfermera?

–Pues…

–¿Puedes curarla?

Era su oportunidad. Sólo haría falta un poco de pegamento para que Margarita volviera a estar sana. Aparentemente, era algo que ya le había pasado en una pierna, además.

Laurel miró a Charles Gray, que seguía con el ceño fruncido, aunque no sabía si por ella o por la situación. Fuera cual fuera la razón, evidentemente no quería que trabajase para él.

–¿Por qué no sube a la habitación de Penny para ver si puede

curar a Margarita? –sugirió el ama de llaves–. Yo hablaré con Charles –añadió en voz baja.

–¿Puedes curarla? –repitió Penny.

–Creo que sí –contestó Laurel–. ¿Tienes pegamento?

La niña asintió con la cabeza.

–Está en mi habitación.

–Suba con ella –insistió Myra.

La niña la miró, luego miró a Laurel y luego la escalera. La única persona a la que no miró fue a su padre.

Laurel estaba nerviosa pensando en la discusión que el ama de llaves iba a tener con su jefe. O, más bien, en lo que le diría a ella cuando bajase.

Suspirando, siguió a Penny por la escalera y luego por un interminable pasillo, con apliques de luz en las paredes. La niña se detuvo frente a la última puerta de la izquierda y, cuando la abrió, Laurel se encontró en una enorme habitación de techos altos y muebles antiguos, más adecuada para una anciana duquesa que para una niña de seis años.

Sus pasitos resonaban sobre el frío mármol mientras se acercaba a un pupitre y levantaba la tapa. El interior estaba perfectamente organizado. La niña sacó un bote de pegamento y se lo entregó.

–¿Es esto?

Era un bote de pegamento nuevo.

–Sí, vamos a ver qué podemos hacer –sonrió Laurel. Después de pegar el trocito de porcelana, le devolvió la muñeca–. Sujétala así durante cinco minutos. En un par de horas estará como nueva, ya verás.

Por primera vez, Penny sonrió y Laurel vio un ligero parecido con su padre.

–Eres una buena enfermera.

«Me temo que tu padre no piensa lo mismo».

–Gracias.

–No vas a ser mi niñera, ¿verdad? –preguntó Penny entonces, mirándola a los ojos.

Laurel se encogió de hombros.

–La verdad es que no lo sé.

–Nadie lo sabe.

Qué curioso que dijera eso, pensó Laurel. Era una frase sombría, como un presagio.

–A mí me gustaría quedarme.

Penny se quedó mirándola sin expresión, casi como si llevara

puesta una máscara. Luego se dio la vuelta, con la muñeca en la mano, para mirar por la ventana.

–Hay nubes en el cielo. A lo mejor nieva.

A Laurel le habría encantado abrazar a aquella cría tan triste, pero sabía que no sería adecuado.

–Es posible. En fin, será mejor que baje a hablar con tu padre –dijo, poniendo una mano sobre su hombro–. Encantada de conocerte. Y a Margarita.

–¿Te gusto? –preguntó la niña entonces.

–Claro que me gustas –contestó Laurel, sorprendida por la pregunta–. De verdad me gustas –repitió, poniéndose en cuclillas para mirarla a los ojos.

Penny apretó a la muñeca contra su pecho y Laurel se alegró al ver que el trocito de porcelana permanecía en su sitio.

–¿Y Margarita también te gusta?

–Mucho.

La expresión de Penny se suavizó un poco, pero decir que había sonreído sería una exageración.

–Ojalá te quedases.

–A mí también me gustaría –suspiró Laurel. Luego, impulsivamente, besó a la niña en la mejilla antes de salir de la habitación.

Cuando llegó abajo, Charles Gray y Myra Daniels ya no estaban en el vestíbulo y, por un segundo, sintió pánico. No sabía qué hacer. Entonces Myra salió de una habitación y se dirigió hacia ella a toda prisa.

–El señor Gray está en su estudio, esperándola –le dijo, casi sin aliento–. Es por aquí.

–Señora Daniels, no entiendo qué pasa. ¿Por qué me contrató si no quería una niñera? ¿O es algo personal… algo de mí que no le ha gustado?

–Oh, no, no, no es nada de eso –suspiró la mujer–. La verdad es que fui yo quien se puso en contacto con la agencia… pero no solicité lo que él quería.

–¿Y qué es lo que quería?

–Alguien… mayor. Una mujer seria, tradicional. No quería una joven tan guapa como usted en la casa.

–Bueno, yo no soy tan guapa…

–Él cree que sí.

Laurel se puso colorada.

–Y eso no le gusta –añadió Myra entonces.

–Me temo que no entiendo…

–Le pido disculpas por este malentendido –sonrió Myra entonces–. Pensará que estoy diciendo tonterías, pero la verdad es que Charles preferiría estar solo. Como no puede ser, quiere tener en casa ancianas como yo. No quiere a nadie joven y lleno de vida porque eso le recuerda que él debería vivir un poco.

–Ah, ya –murmuró Laurel, que no sabía qué pensar–. Parece que lo conoce usted muy bien.

–Conozco a Charles desde que nació. De hecho, lo conocí antes de que naciera. Llevo casi cincuenta años trabajando en esta casa y Charles siempre ha sido la persona más terca del mundo. Nunca pide ayuda, por mucho que la necesite. Se me rompe el corazón al ver lo que sufren él y la niña –Myra se detuvo ante una puerta cerrada–. Sé que usted puede ayudarlos a los dos y, si está dispuesta a perseverar, seguro que esto saldrá bien. Pero tiene que ser fuerte. ¿Cree que podrá hacerlo?

–Estoy dispuesta a hacer lo que haga falta –contestó Laurel–. Menos quedarme donde no se me quiere.

Myra asintió con la cabeza.

–Lo entiendo. Pero Charles cambiará de actitud cuando vea lo buena que es usted con la niña. Si de verdad hubiese querido que se fuera, ya estaría a kilómetros de aquí.

Por lo poco que Laurel sabía de Charles Gray, estaba segura de que eso era verdad.

–¿Está ahí? –preguntó, señalando la puerta.

–Sí –contestó Myra, llamando con los nudillos antes de entrar–. Es la señorita Midland.

–Pase –dijo Charles Gray, mirando al ama de llaves–. Quiero hablar con ella a solas.

–Muy bien –Myra le guiñó un ojo a Laurel y salió del estudio.

–Se habrá dado cuenta de que mi ama de llaves es una mujer muy decidida –dijo Charles entonces, no sin afecto–. Si no dejo que se quede, me volverá loco durante meses.

–No sé si ésa es una buena razón para que me quede –aventuró Laurel. Necesitaba ese trabajo, pero no quería quedarse si no era bienvenida.

–Quizá no, pero es la razón por la que voy a pedirle que se quede. De forma temporal.

–¿Temporal?

–Mire, ésta es mi proposición: un mes. Le pagaré los seis meses del contrato, naturalmente. Pero cuando acabe el mes, usted se marchará… me da igual la excusa que se le ocurra. Que su perro está enfermo, que va a casarse, lo que le parezca. Le aseguro que

le daré el dinero estipulado.

Era más de lo que podría pedir, pensó Laurel. Y aunque habría querido objetar, por Penny, necesitaba el dinero para pagar la hipoteca de su padre. Además, durante ese mes podría intentar que Charles Gray cambiase de opinión.

–Muy bien, de acuerdo. Aunque debo decirle que estoy dispuesta a demostrarle que soy buena compañía para Penny.

Él se encogió de hombros.

–Mi hija necesita una persona más madura, sobre todo porque yo paso gran parte del año viajando. Pero mientras esté usted aquí tendré tiempo de buscar a otra persona.

Una persona mayor, pensó Laurel.

–Muy bien.

–Ah, una cosa más –dijo Charles Gray entonces.

–¿Sí?

–Le ruego que… no se ponga en mi camino. Me gusta estar solo.

–Pero…

–Sé que la señora Daniels la contrató no sólo por Penny, sino por mí –Gray se encogió de hombros de nuevo–. Para «devolverme a la vida» como dice ella.

Laurel inclinó a un lado la cabeza.

–Pues a mí me parece que está usted bastante vivo.

–No lo decía literalmente.

–Ni yo tampoco.

Él la miró durante unos segundos antes de comentar:

–No será usted de las que se ponen difíciles, ¿verdad?

Había algo en su voz, quizá una nota de humor, pero no podía estar segura.

–No, la verdad es que no –sonrió Laurel.

–Ya. Dígame una cosa, señorita Midland.

–¿Sí?

–¿Por qué acepta quedarse en estas circunstancias… que son menos que ideales?

Ella se aclaró la garganta, buscando tiempo. No conocía a aquel hombre y no quería darle explicaciones sobre su vida. Pero tampoco quería mostrarse impertinente diciéndole que no era asunto suyo.

–Tengo que trabajar para vivir, señor Gray. Cuando acepté este trabajo, tuve que decir que no a otros –era una mentira, pero sin importancia. Por supuesto, habría encontrado otro trabajo en unos días, aunque la agencia estaba en un momento de economía no

precisamente boyante–. Tengo un presupuesto y contaba con este dinero.

–Parece usted una mujer muy práctica.

–Intento serlo.

–Entonces, deje que le dé un consejo –Charles Gray se inclinó hacia delante, mirándola a los ojos–. No es buena idea contar con un dinero que uno no ha ganado todavía.

¿Cómo se atrevía a mostrarse tan condescendiente? Laurel levantó la barbilla, orgullosa.

–Cuando uno firma un contrato, como es el caso, normalmente es seguro contar con ese dinero.

–Aunque exista un contrato, puede haber desacuerdos.

–Por ambas partes.

Él la miró con interés.

–Eso es cierto.

Laurel se preguntó qué estaría pensando. Pero no había manera de saberlo.

–Un mes, señorita Midland. Y gracias por su cooperación.

Capítulo 3

Charles sabía exactamente por qué Myra insistía tanto en que Laurel Midland se quedara. Era porque, como le había dicho a la propia Laurel, quería que la chica llevase un poco de vida y juventud a la casa.

Pero sospechaba que Myra tenía en mente algo más que eso. Y enseguida había descubierto que Laurel no tenía miedo de él, ni de su dinero, ni de su poder.

Era lo que Myra Daniels llamaría una chica «con espíritu».

Para él, eso se traducía por «difícil». Estaba seguro.

Aparentemente, el tiempo que había pasado en Europa del Este le había dado una gran iniciativa y no aceptaba las órdenes demasiado bien. Aunque también era posible que él no estuviera acostumbrado a tener cerca a alguien que expresara pensamientos independientes.

Por un lado era refrescante, pero por otro… era terriblemente frustrante.

Especialmente en lo que se refería a la educación de Penny. Y, si era sincero consigo mismo, él no había estado involucrado en la educación de la niña mientras Angelina vivía. Angelina no había sido lo que él llamaría una madre «devota». Era más bien una buena gestora, con estrictas aspiraciones sociales.

De modo que había sabido elegir el mejor colegio para la niña y acudía a las reuniones de padres y a las funciones escolares como hacían las demás madres.

Angelina era la encargada de la operación «criar a Penny con la precisión de un sargento» y, aunque Charles nunca había estado convencido del todo de que aquélla fuera la mejor manera, sabía ahora que su hija estaba acostumbrada a ese tipo de precisión, horarios y disciplina.

Pero durante el último año y medio había tenido dos niñeras que no habían sabido qué hacer. Una se marchó porque su hija tuvo un niño en California y necesitaba ayuda y la segunda se fue cuando su novio, que vivía en Wisconsin, le propuso matrimonio. Pero lo que ambas tenían en común, entre ellas y con Angelina, era su decisión de educar a la niña de forma estricta y severa. Se

iba a la cama cuando ellas se lo pedían, comía a las mismas horas, siempre alimentos sanos, y las horas de estudio eran obligatorias, no opcionales.

Si ahora contrataba a una niñera que era un espíritu libre, una joven que iba a concentrarse más en la diversión que en la rutina, Penny acabaría confundida.

Y si Penny no acababa confundida y le gustaba Laurel, ¿qué pasaría cuando tuviera que irse? Una mujer tan joven y tan guapa no querría pasar los mejores años de su vida encerrada en un mausoleo como la mansión Gray. Y aunque ésa fuera su intención, seguramente en algún momento un hombre se la llevaría de allí. Incluso él podía ver que Laurel Midland era una chica muy atractiva.

No, sólo una mujer de mediana edad que estuviera casada, o hubiera decidido no casarse nunca, sería capaz de quedarse allí durante los doce años que Penny tardaría en llegar a la mayoría de edad.

Con la última niñera había cometido un error porque desconocía el asunto del novio, pero no pensaba volver a cometerlo. Antes de contratar definitivamente a una niñera, buscaría toda la información posible sobre su vida.

Y tampoco iba a dejar que Myra hiciera la contratación. Porque había descubierto su juego.

Myra Daniels estaba haciendo de casamentera. Y lo hacía fatal.

Porque Laurel Midland no era mujer para él.

–Sé quién eres en realidad.

Laurel despertó, sobresaltada, al oír esas palabras. ¿Las habría soñado o eran reales? ¿La habrían descubierto después de todo?

Se volvió en la cama y vio la silueta de Penny en la oscuridad.

–¿Penny?

La niña no contestó.

Laurel alargó la mano para buscar el interruptor de la lámpara y cuando se encendió la luz tuvo que cerrar los ojos.

–¿Penny? Cariño, ¿has tenido una pesadilla?

La cría parpadeó, deslumbrada, y luego se quedó mirándola con cara de sorpresa.

–¿Qué?

–¿Has tenido una pesadilla? ¿Por eso has venido a mi habitación?

–Pues yo… –la niña miró alrededor–. No lo sé. Quiero irme a

mi cuarto.

«Sé quién eres en realidad».

Debía haber estado hablando en sueños. No significaba nada.

O quizá era una frase que había oído en sus propios sueños.

Era una tontería especular sobre el asunto. Aunque Penny hubiera dicho esa frase, no podía significar nada.

Aun así… era desconcertante.

–Penny, ¿recuerdas lo que has dicho cuando has entrado en mi habitación?

Ella asintió, medio dormida.

–Que sé quién eres en realidad: la princesa Arco Iris. Eres mágica.

El alivio que Laurel sintió fue tan inmenso que le dieron ganas de reír. Tanto miedo porque Penny soñaba que era una princesa de cuento de hadas…

Tendría que controlar su paranoia.

Echaba de menos tener una amiga para hablar de esas cosas. Pero si no hubiera perdido a su mejor amiga no tendría esos miedos.

Laurel se levantó y tomó a Penny de la mano, sin ponerse la bata sobre el fino camisón. Tenía que llevar a la niña a la cama mientras había alguna posibilidad de que volviera a dormirse o estaría despierta toda la noche.

Se acercó a la cama sin encender la lámpara porque había una lucecita de emergencia en la pared. Margarita estaba tirada en el suelo y se inclinó para recogerla.

–Parece que alguien se ha caído –sonrió, poniendo la muñeca en los brazos de la niña.

–Estaba buscándola –dijo Penny con voz trémula–. Pensé que se había ido.

–No, no, sólo se ha caído de la cama.

–Pensé que se había ido –repitió la niña, apretando a la muñeca contra su corazón.

–No pasa nada, cariño –Laurel la ayudó a subirse a la cama y la arropó, pasando una mano por su pelo–. Intenta dormir…

–¡Vete! –exclamó Penny entonces.

Ella se quedó perpleja.

–¿Qué?

–¡Vete! ¡No te quiero aquí!

Aquello fue tan sorprendente que, por instinto, Laurel dio un paso atrás.

–Cálmate, cielo –le dijo, intentando disimular su alarma–.

Intenta dormir…

La niña empezó a llorar.

–Te vas a ir de todas formas, así que vete ahora.

Laurel vaciló, insegura. No podía dejarla así, pero si ella era la causa de su disgusto tampoco podía quedarse.

–No pasa nada, cariño, tranquila –Laurel empezó a acariciar su pelo y Penny no se apartó–. No me iré a ningún sitio si tú no quieres que me vaya.

–Todas se van.

–¿Quién? ¿Quién se va?

¿Habría tenido Penny una larga lista de niñeras? Si fuera así, ¿por qué se habrían ido todas? ¿Se sentirían intimidadas por Charles Gray?

–¿Dónde se van?

Penny no contestó. En lugar de hacerlo se tumbó de lado, pero pronto su respiración se hizo rítmica, pausada. Se había dormido.

Laurel salió de puntillas de la habitación y cerró la puerta. Se quedó un momento en el silencioso pasillo, pensando que los latidos de su corazón serían suficiente como para despertar a todo el mundo.

Había algo siniestro en aquella casa. El padre, un hombre tan adusto, tan misterioso, la niña solitaria; incluso la niñera con sus propios secretos… todo parecía una novela de las hermanas Brontë.

Y esas novelas nunca tenían un final feliz.

Laurel miró el reloj de la pared. Eran las tres de la mañana y tenía el corazón tan acelerado que no podría volver a dormir a menos que tomase una tila o algo parecido. Lo último que deseaba era estar medio dormida en su primer día de trabajo. Charles Gray no la quería allí y no quería darle motivos para echarla.

De modo que bajó a la cocina. Había algunos apliques encendidos, los suficientes como para no tropezar con nada, pero toda la casa estaba envuelta en sombras. El interior de la mansión Gray no era tan lúgubre como el exterior, pero tampoco podría decirse que fuera un sitio hogareño. No había señal alguna de que allí viviera una niña de seis años.

Y ella tendría que hacer algo al respecto. Penny era demasiado tímida y, evidentemente, se sentía muy sola. Necesitaba sentir que aquella mansión era su hogar, no una celda de castigo.

La cocina era enorme. Una de las paredes era un ventanal que daba al jardín y a los viñedos que había detrás. Los electrodomésticos parecían los de un restaurante, todos enormes y

de acero, y había varias alacenas, llenas de comida, vajillas, copas, cuberterías de plata.

No era fácil para una persona sencilla como ella adivinar cómo hacerse una simple taza de tila. O incluso dónde encontrarla.

Y encontrar una taza que no costase una semana de sueldo.

Después de mirar alrededor durante unos minutos, encontró una despensa llena de botes y latas y, para su sorpresa, una caja con bolsitas de tila.

En una de las estanterías había también cacerolas, cafeteras y una tetera de acero.

Perfecto.

Laurel se puso de puntillas para tomar la tetera y casi la tenía agarrada cuando oyó algo que parecía un desgarrón. Sorprendida, apartó la mano, golpeando otra de las estanterías sin querer y enviando seis o siete cacerolas al suelo con gran estruendo.

Cuando el ruido cesó, después de lo que le pareció una eternidad, Laurel se quedó muy quieta, aguzando el oído por si alguien entraba en la cocina. Afortunadamente, la casa era tan grande que ni siquiera un estruendo como ése despertaba a nadie.

Se miró entonces el camisón, que tenía un siete en el centro, dejando su estómago al descubierto. Luego miró la estantería en la que se había enganchado. Un clavo suelto era el responsable. Ajá, de modo que no todo era perfecto en la mansión Gray.

Porras. Tendría que comprar otro camisón. Aunque en aquella casa, en el norte del estado de Nueva York, lo que necesitaba en realidad era un pijama de franela.

Intentó hacer el menor ruido posible mientras colocaba las cacerolas. Luego, en lugar de tomar la tetera decidió calentar agua en una de ellas. Salió de la despensa, cacerola en mano, dispuesta a llenarla de agua y dejarla al fuego mientras subía a su habitación a buscar la bata. No parecía muy posible que nadie bajara a esas horas, pero por si acaso…

Sabía que había más gente en aquella casa, de modo que no debería haberla sorprendido cuando se encontró con Charles Gray al intentar salir de la cocina.

–¿Qué demonios está pasando aquí? –le espetó su airado jefe.

–Lo siento, es que… había bajado para hacerme una tila.

–¿Y para hacerse una tila tiene que tirar la cocina de arriba abajo?

–No, no… es que se me cayeron unas cacerolas en la despensa… –empezó a explicar Laurel–. Pero no se ha roto nada.

–¿Y la tila?

Ella señaló la cacerola que había puesto al fuego… y que estaba echando humo. ¡Oh, no! Había puesto poco agua y el fuego era tan fuerte que se había evaporado.

Mordiéndose la lengua para no soltar una palabrota, corrió para apartar la cacerola.

–Me he quedado sin tila –suspiró, intentando encontrar cierto humor en la situación.

Pero él no parecía pensar lo mismo.

–Señorita Midland, yo sabía que no era usted la elección ideal como niñera de Penny, pero ¿no será usted un peligro, además?

–Normalmente no lo soy –contestó ella. De repente, una tila no le parecía suficiente para calmar los nervios. Estaban en un viñedo y una copa de vino sería lo ideal. O una botella entera.

–Entonces, ¿por qué había una cacerola echando humo?

–La había dejado para subir a mi habitación un momento… si no me hubiera quedado hablando con usted ya estaría de vuelta y mi tila estaría hecha –respondió Laurel, irritada.

–Estuvo usted trabajando en un hospital en Europa del Este, ¿no es cierto?

Ella arrugó el ceño. ¿Qué tenía que ver eso? Si se enteraba de… en fin, sería un desastre. No quería ni pensarlo.

–Sí, estuve allí dos años. Y no quemé ningún edificio, si eso es lo que le preocupa.

–¿Qué hacía allí exactamente?

–Trabajaba como ayudante de enfermera y enseñando inglés a los niños.

–¿Lo hacía sola?

«No, tenía una gran amiga que me ayudaba en todo», pensó. Pero no podía decirlo. Era demasiado doloroso. Y demasiado aterrador.

–No, tenía muchos compañeros.

–¿Dónde era exactamente, en Lituania?

¿Por qué estaba tan interesado en eso?

–En Lenovia.

Charles Gray lanzó un silbido.

–Un sitio muy peligroso. En Lenovia hay una guerra civil.

–Sí, por eso necesitaban ayuda. Y ahora, si me perdona, tengo que irme a dormir o mañana no le serviré de nada a Penny.

Él asintió con la cabeza.

–Muy bien.

–Buenas noches. Siento lo del estruendo. Y lo de la cacerola.

«Y todo lo demás que a usted no le gusta de mí».

–Espero que entienda que mis objeciones a su contratación no son de naturaleza personal –dijo Charles Gray.

Laurel no pudo evitar una risita.

–Con todo respeto, es difícil no tomarlo como algo personal.

Él lo pensó un momento y luego asintió.

–Debe entender que le di a la señora Daniels órdenes explícitas para que contratase a alguien mayor que usted. Alguien con más experiencia.

Ella no tenía experiencia. De la vida. Pero sí tenía experiencia con niños.

–Penny es una niña encantadora. No creo que necesite una niñera estricta. En mi opinión, lo que necesita es cariño y sentirse segura.

–Mi hija tiene más seguridad que la mayoría de los niños.

–Seguridad económica, desde luego. Pero yo no me refería a eso. Parece preocupada porque todo el mundo se marcha. Sé que perdió a su madre hace un par de años…

–Hace año y medio –la interrumpió Charles Gray.

Los dos se quedaron en silencio. Era como si una presencia negativa hubiese entrado en la cocina de repente.

Pero fue entonces cuando Laurel entendió que toda la familia, no sólo Penny, seguía de luto por la muerte de la madre. Había un vacío en esa casa, una sensación de tristeza, de pérdida, que no podía identificar con claridad.

Porque no era la suya.

–Lo siento mucho. Supongo que es difícil para usted criar solo a Penny. Por favor, deje que lo ayude. Me encantaría poder darle a su hija aunque fuera una fracción del amor y la seguridad que tanto echa de menos. También podría quitarle a usted un peso de encima para que pueda… –Laurel no sabía qué decir. Para que pueda… ¿lidiar con su propio dolor? Eso era demasiado personal.

Cuando Charles Gray la miró esperaba que lo hiciese con tristeza, incluso con los ojos húmedos, pero sus ojos eran fríos.

Helados.

–Ya le he dicho que sólo estará aquí un mes, señorita Midland. Menos si encontramos a alguien que pueda reemplazarla enseguida.

Laurel no podía creerlo. Cuando creía que empezaba a entender lo que ocurría en aquella casa, cuando pensaba que de verdad podría ayudar a Penny a superar su soledad, Charles Gray le recordaba que aquél no era su sitio.

–Pero…

Él levantó una mano.

–Lo siento, pero así son las cosas –le dijo, antes de darse la vuelta.

Sólo entonces se dio cuenta Laurel de que había estado hablando con él vestida con aquel fino camisón sin mangas.

Y nada más.

Capítulo 4

Se llama Laurel Midland –estaba diciendo Charles, al teléfono–. Estuvo en Lenovia durante unos años… No sé dónde estuvo antes, pero quiero saberlo. Quiero saberlo todo sobre ella. Hay algo raro en esa historia, pero no podría decir qué es.

–Si hay algo que encontrar, lo encontraré, señor Gray –contestó Brendan Brady. Era un gran investigador privado, de modo que Charles lo creyó. Brendan era quien había descubierto a los dos espías industriales que habían estado pasando secretos de fabricación de su vino espumoso a la bodega Roma.

Charles jamás habría sospechado que su primo estaba detrás de todo el asunto, aunque debería.

Ése era el problema de la paranoia. Si uno se equivocaba, no pasaba nada, pero si uno tenía razón, debía saberlo cuanto antes.

De modo que Charles colgó el teléfono, convencido de que Brendan descubriría la verdad. Pero, por alguna razón, se sentía desconcertado, incapaz de concentrarse en el trabajo. Y tenía mucho que ver con la señorita Midland, aunque no sabría decir por qué.

No era una persona antipática o incompetente. Hablaba mucho y a Penny parecía gustarle. El problema era que fuese tan joven. Porque querría marcharse tarde o temprano y Penny ya había tenido que decir adiós demasiadas veces.

Charles no era un experto en cuidados paternales y la relación con su hija no era todo lo fluida que debería, pero lo que sí sabía era que Penny ya había sufrido demasiado en su corta vida. Y una joven tan guapa como Laurel Midland, de vuelta en Estados Unidos después de pasar unos años en un país en guerra, no sería capaz de quedarse con la niña el tiempo suficiente. En cuanto se acostumbrase a estar de vuelta en su país encontraría un hombre y querría pasar tiempo con él en lugar de estar con su hija.

¿Y qué pasaría entonces?

Una niñera mayor, como le había dicho a Myra cientos de veces, una persona que hubiera estado durante diez años o más con otra familia, sería la mejor elección. Alguien que pudiera cuidar de su hija y con quien él se sintiera tranquilo.

Porque la verdad era que, con Angelina encargándose de la intendencia, Charles se había limitado a contarle cuentos por las noches o a mirar su sonriente fotografía cuando estaba fuera del país. No había tenido que lidiar con… en fin, lo que fuera que tenía que hacer un padre por sus hijos. Para él, Penny siempre había sido la guinda del pastel, nada más.

Entonces Angelina había insistido en ir con él a una feria de vinos en Italia, en pleno invierno, a pesar de que él tendría que trabajar dieciocho horas diarias y a pesar de que su relación de pareja se había convertido tiempo atrás en una relación de simple amistad.

Angelina quería visitar a unos amigos en Italia y no quiso escuchar sus protestas.

De modo que había ido con él.

Charles no habría podido imaginar que Angelina se enfadaría con uno de sus amigos e insistiría en que la llevase al aeropuerto para volver a Nueva York a pesar del mal tiempo. Él había intentado disuadirla, cualquiera se habría dado cuenta de que las carreteras estaban cubiertas de hielo, pero su mujer insistió. Incluso le juró que iría caminando los veinte kilómetros si él no la llevaba.

Y fue entonces cuando cometió el error más grave de su vida. La carretera estaba cubierta de hielo y el camionero que chocó contra ellos no pudo hacer nada. El accidente había ocurrido en un segundo. Antes de que se diera cuenta, Angelina había muerto y él estaba tan malherido que los médicos pensaron que no volvería a caminar.

Y Penny… Penny había perdido la oportunidad de tener una vida normal, con un padre y una madre que cuidasen de ella y la quisieran. De modo que, ¿qué podía hacer?

La única respuesta era encontrar una mujer mayor, experimentada, alguien que no se enamorase del primero que le dijera un piropo. Alguien que estuviera dispuesto a quedarse, a estar al lado de Penny durante años.

Y ésa no era Laurel Midland.

Laurel Midland era Miss América comparada con lo que Charles tenía en mente. De hecho, era Miss América comparada con la mayoría de las mujeres… con ese pelo negro y esos preciosos ojos verdes.

Empezaba a tener problemas para quitarse de la cabeza la imagen de Laurel con aquel camisón. No era indecente ni nada parecido. La tela era fina, sí. Y debajo podía adivinar sus curvas…

Laurel despertaba algo en él. Era probablemente una mezcla de frustración y la atracción física normal que siente un hombre por una mujer guapa.

Y ése era exactamente el problema. Que Laurel era guapa, joven, deseable, inteligente. Y soltera.

Por lo tanto, estaba seguro de que pronto estaría dispuesta a irse. O bien porque hubiera conocido a un hombre o porque ya tuviera uno del que intentaba escapar.

Dada su extraña reacción cuando mencionó su estancia en Europa del Este, imaginaba que era esto último. Actuaba como una persona que huyese de algo y era fácil imaginar que ese algo fuese una relación.

¿Qué otra explicación podía haber para que se mostrase tan incómoda cuando le preguntaba por su vida?

Fuera lo que fuera, estaba seguro de que Laurel Midland tenía una misión en la vida y esa misión no era cuidar de una niña que no era suya. Fuese curarse o esconderse, había algo en ella que parecía temporal.

Y cuando lo hubiera solucionado, ¿qué pasaría con Penny?

Tenía que encontrar a otra persona para que cuidase de su hija.

Pero hasta que la encontrase, Laurel era mejor que nada.

Y dejaría que se quedase hasta que hubiera encontrado a la niñera adecuada.

Algo en Charles Gray hacía que Laurel se sintiera muy incómoda.

Seguramente era lo distante que se mostraba con su hija. Era el hombre más frío, más reservado que había conocido nunca.

Y había conocido a muchos.

Esas facciones tan atractivas lo hacían aún más desconcertante para ella. Era como una fotografía en las páginas de una revista o una estrella de cine o un modelo con un traje que costaba miles de dólares. Si tuviera la piel fea o los dientes torcidos o estuviera calvo, le habría parecido más… humano.

Pero tal y como era la asustaba un poco. Aunque sabía lo que debía hacer: sabía que su trabajo era cuidar de Penny. Y ella sabía mucho sobre niños. Los de Lenovia la querían, después de todo, y ella los adoraba.

Penny no era una niña fácil, pero era evidente para ella que necesitaba cariño, que anhelaba que alguien rompiese el hielo. A veces hacía cosas inesperadas, como invitarla a su habitación para

después pedirle que se fuera o mostrarse tan poco comunicativa que Laurel tenía que dejarla sola. Pero estaba claro que necesitaba a alguien.

Y ella también.

La verdad era que Laurel nunca había tenido la sensación de pertenecer a una familia. Su madre era una mujer distante, su padre… en fin, su padre siempre estaba cansado. Que fuera su madre quien murió primero fue una enorme sorpresa.

Y ahora su padre estaba solo en aquella casa, mirando la televisión a todas horas. Pero Laurel sentía la obligación de ayudarlo y para eso debía conservar su trabajo con Charles y Penny Gray.

Capítulo 5

No encuentro nada extraño sobre esta Laurel Midland –le dijo Brendan Brady, un poco decepcionado.

Charles debería sentirse aliviado, pero aun así se mostró cauto. Había algo que no cuadraba en la historia de Laurel.

–¿Qué has descubierto?

–Que no tiene familia. Su madre murió recientemente de muerte natural. No tiene tíos ni tías. Ha estado en Lenovia cinco años, pero…

–¿Cinco años? –repitió Charles. Habría jurado que Laurel le dijo dos.

–Sí, cinco. Antes de eso estudió en la Universidad de Iowa y tenía algunos novios, amigos… pero no le duraban mucho.

¿Por qué una chica como Laurel no conservaba a sus amistades?, se preguntó. Era muy raro.

–¿Y sus contactos en Lenovia?

–Ah, eso. El director del centro, un tal Peter Lucian, fue muy cauto cuando me habló de ella –contestó Brendan–. Me dijo que ésa era información confidencial.

En fin, no le sorprendía. Habría sido más sorprendente que el director le contase detalles íntimos sobre alguien que había trabajado allí.

–¿Le has sacado algo?

–Se le escapó una cosa, pero no sé si es importante o no –respondió el investigador–. Por lo visto, una de sus mejores amigas murió en un accidente. La señorita Midland se llevó tal disgusto que decidió marcharse de inmediato.

Ah, eso era interesante.

–¿Te contó quién era esa persona?

–No. De hecho, en cuanto salió el tema me dijo que tenía que colgar. Pero yo he comprobado los informes y he descubierto que la chica también se llamaba Laurel. Laurel Standish.

–Buen trabajo, Brady –dijo Charles, con una sonrisa–. ¿Qué has descubierto sobre esa chica?

Brendan Brady empezó a darle datos:

–Fue adoptada en el orfanato Barrie, en Brooklyn, cuando tenía

dos años. Tenía dos hermanas… eran trillizas. Creció al norte de Nueva York y trabajó como secretaria antes de irse a Lenovia hace un par de años. No he encontrado nada más.

Charles arrugó el ceño.

–Salvo que Laurel perdió a su mejor amiga en un accidente. Eso podría explicar por qué es tan reservada sobre su vida. Puede que para ella fuese una pérdida irreparable.

–Es posible. Pero seguiré investigando, por si acaso.

–Sí, hazlo.

Penny había ido a la habitación de Laurel un par de semanas después de haberse instalado en la mansión Gray para decirle que quería participar en una fiesta de Halloween a la que acudirían los niños de su colegio. A Laurel eso le pareció un progreso porque hasta entonces no había mostrado ningún interés en jugar con los demás niños.

–Se llama el Festival de la Bruja. Es en Chapo… Chapee…

–¿En Chapawpa? –sonrió Laurel. Era un pueblo cercano, a la orilla del Hudson.

–Sí, creo que sí.

–Vamos a mirarlo en Internet.

Lo encontraron enseguida: el Festival de la Bruja de Chapawpa. Tenía lugar unos días antes de Halloween y había puestos de caramelos y algodón dulce, payasos, actores disfrazados… Sonaba muy bien, la clase de fiesta en la que Laurel habría querido participar de pequeña.

Y se alegraba por Penny que, hasta entonces, jugaba sola con sus muñecas o hacía los deberes sin contar con ella. De vez en cuando le preguntaba qué pensaba sobre algo, pero en cuanto había contestado perdía el interés, retirándose a su mundo interior.

De modo que cuando mencionó el Festival, Laurel se animó un poco. Era una buena señal.

–Mi amiga me lo dijo –murmuró la niña, mientras miraban la página web.

–¿Ah, sí? ¿Quién?

–Maggie –contestó Penny, como si hubiese hablado de ella otras veces.

–Ah, Maggie –asintió Laurel, como si la conociera–. ¿Ella va a ir?

–Sí, ella va todos los años y dice que se lo pasa muy bien.

Laurel se sintió tan animada al saber que Penny tenía una amiguita que decidió no hacer nada para frenar su entusiasmo.

–Bueno, entonces creo que nosotras también deberíamos ir.

–¿De verdad?

–Claro. ¿Por qué no?

Penny la miró, indecisa.

–No sé si mi papá me dejará.

Qué bobada. ¿Por qué iba Charles Gray a decir que no?

–Voy a hablar con él, ¿te parece?

–¡Sí! –gritó Penny, echándole los brazos al cuello–. ¡Gracias!

Laurel se emocionó tanto con el abrazo que decidió en aquel mismo instante que llevaría a la niña al Festival de la Bruja de Chapawpa pasara lo que pasara.

–No, imposible –contestó Charles Gray.

Estaban en la biblioteca de la casa y él, sentado frente a la chimenea leyendo el *Wall Street Journal*, parecía un modelo en una revista.

A su lado, Laurel se sintió vulgar con su modesto vestido de algodón.

–¿No? –repitió, atónita. ¿Qué padre le negaría esa alegría a su hija?, se preguntó, incrédula.

–No.

–Pero… ¿por qué no?

Charles levantó los ojos del periódico y Laurel sintió como si un viento helado pasara entre los dos.

–Para empezar, la carretera de Chapawpa es muy estrecha y llena de curvas. No quiero que haya un accidente.

Eso era ridículo.

–Pero llevo años conduciendo…

–Lleva muchos años fuera de este país. ¿Conducía usted en Lenovia?

–No –admitió Laurel.

–Pues eso. Acostúmbrese a las carreteras de por aquí antes de aventurarse por otras más peligrosas.

–No creo que la carretera de Chapawpa sea tan peligrosa.

Él levantó una ceja.

–¿La ha visto?

–No, pero si fuera tan peligrosa la habrían cerrado… o la habrían arreglado. Si piensa decir que no, va a tener que inventar una excusa más creíble, señor Gray.

Laurel vio que apretaba los labios, pero no parecía un gesto de enfado. Parecía más bien… como si intentara disimular una sonrisa.

–No tengo por qué darle explicaciones, señorita Midland. Pero si insiste… la verdad es que hay otra razón por la que no quiero que Penny vaya a ese Festival –le dijo, antes de volver a concentrarse en el periódico.

–¿Y cuál es esa razón? –insistió Laurel.

Charles bajó el periódico, suspirando.

–Es una cuestión de seguridad.

–¿Seguridad? ¿Qué quiere decir con eso?

–No estoy seguro de que pudiera usted hacerse cargo de Penny en una situación de emergencia.

Eso no era lo que Laurel esperaba oír.

–¿Qué tipo de emergencia? –replicó, airada–. Usted sabe que las brujas y los fantasmas son de mentira, ¿no? No son reales, son disfraces de Halloween.

Él la miró, exasperado, pero eso lo humanizó ligeramente.

–Lo crea o no, conozco las costumbres de Halloween, señorita Midland. De hecho, son esas costumbres lo que hace que el Festival sea peligroso para Penny.

–Me temo que no le entiendo.

–Soy conocido en esta zona como un hombre rico y… en fin, eso siempre supone un riesgo. En un evento como ése habrá muchas personas, todas ellas disfrazadas. Un comportamiento extraño pasaría desapercibido. De hecho, incluso que alguien gritase pidiendo ayuda sería tomado a broma.

Laurel no estaba de acuerdo.

–Es un evento familiar, señor Gray. Y es un sitio seguro. Además, Penny está loca por ir con su amiga. Y, por lo que sé, su hija no ha tenido mucha suerte encontrando amigas hasta ahora. Esto es muy importante para ella.

–¿Y quién es esa amiga? –preguntó Charles.

–Se llama Maggie.

–¿Maggie qué?

Laurel se encogió de hombros.

–No sé su apellido.

–¿Y qué sabe de ella?

–Sólo que va al colegio con Penny –contestó Laurel–. O sea, que debe tener seis años y no creo que sea una amenaza para su hija.

–¿Y su familia?

–A su familia le preocupa lo suficiente como para comprarle un disfraz de Halloween, que es lo que hace felices a los niños –respondió Laurel, cada vez más exasperada–. Y les preocupa su educación tanto como a usted, ya que la envían al mismo colegio.

Charles Gray volvió a levantar el periódico.

–No. Este año, no.

–¡Charles, por favor! –exclamó Laurel entonces, sin pensar.

Él la miró, sorprendido, pero si le había parecido mal que lo tutease no dijo nada.

Y ella tomó nota. Cualquier cosa que pudiera hacerla sentir más cómoda con el impresionante Charles Gray sería bienvenida. Aunque tenía la impresión de que no habría muchas.

Lo extraño era que ya no lo encontraba ni tan frío ni tan aterrador como el primer día. De hecho, cuanto más discutía con él, más… le gustaba.

–¿Y si contratases a alguien de seguridad para acompañarnos ese día? –sugirió Laurel entonces–. Penny no se daría cuenta y podría pasarlo bien. Y tú respirarías tranquilo.

Charles la miró como si acabara de sugerir que lanzase a su hija a un océano infestado de tiburones.

–No pienso contratar a un equipo de seguridad para que coloques a mi hija en una situación de riesgo. La gente de seguridad ayuda, pero no siempre funciona.

–Pero…

–La respuesta es no –la interrumpió él. Luego miró el reloj de la pared–. ¿No es hora de que vayas a buscar a Penny al colegio?

Laurel miró el reloj.

Tenía razón. Maldito fuera.

–¿Podemos seguir hablando de esto más tarde?

–No.

–¿Después de cenar?

–No.

Laurel no lo pudo evitar: soltó una carcajada.

–Muy bien. ¿Mañana entonces?

Él la miró, con esos ojos tan penetrantes… en los que había algo, un brillo de humor que no había visto hasta entonces.

–No.

Aquel hombre era imposible. Entonces, ¿por qué le habría gustado quedarse y prolongar la conversación?

–Muy bien. Entonces dejaré de preguntar…

–Mejor.

–… pero espero que, al menos, te lo pienses.

Laurel salió de la biblioteca sabiendo que él no iba a dar su brazo a torcer.

Ni ella tampoco.

Capítulo 6

Penny lo estaba pasando de maravilla en el Festival de la Bruja de Chapawpa.

El evento era exactamente lo que Laurel había anticipado: muchas familias, montones de niños disfrazados, caramelos, paseos en poni, manzanas caramelizadas, adultos disfrazados de brujas con escobas haciendo reír a los niños… todo lo que debería ser Halloween en una infancia ideal. Era como un cuadro de Norman Rockwell.

Hasta que se fijó en un hombre que las seguía.

Al principio no le había prestado atención porque había mucha gente, pero cuando Penny quiso ir al baño, Laurel se fijó en un hombre al que había visto en el puesto de algodón dulce y luego, un poco después, en la plaza… sin un niño al lado. Entonces empezó a sospechar.

Quizá estaba esperando que su hijo saliera del lavabo, pensó, mientras empujaba a Penny hacia el grupo de gente.

El hombre las siguió y a Laurel se le encogió el estómago. ¿La habrían encontrado? ¿Habrían descubierto su secreto? Pero no… Peter y todos los demás compañeros con los que trabajaba en Lenovia habían prometido guardar el secreto. Eran sus amigos, confiaba en ellos… les había confiado su vida.

Pero quizá Charles tenía razón. Quizá aquel hombre no tenía nada que ver con ella y sí con Penny. Quizá estaba pensando llevarse a la niña y pedir un rescate…

–¡Ay! –gritó Penny–. ¡Me haces daño!

–Perdona, cariño –murmuro Laurel, aflojando la presión en la mano de la pequeña–. No me daba cuenta.

–¿Te has asustado por algo? –preguntó Penny, mirando alrededor.

–No, no, es que estaba perdida en mis pensamientos…

No sabía qué hacer. Quizá era su imaginación, pero debía tener cuidado y no separarse de los demás. Si aquel hombre estaba siguiéndola no se detendría ante nada.

No. Querría venganza.

La querría muerta.

–Siento molestarle en medio de una reunión, señor Gray, pero he pensado que esto era importante.

–Espera un momento –Charles puso la mano sobre el auricular para hablar con su equipo de marketing–. Tengo una llamada importante. Volved al estudio y poneos a trabajar en el siguiente proyecto. Hay que competir en los mercados más jóvenes.

El grupo salió del despacho y Charles se colocó el teléfono en la oreja.

–Dime, Brendan. ¿Has descubierto algo?

–Aún no.

–¿Entonces para qué me llamas? –le espetó Charles, irritado.

–Uno de mis hombres acaba de decirme que la señorita Midland y su hija Penny están en el Festival de la Bruja de Chapawpa.

–¿Qué?

–Después de nuestra última conversación puse a un hombre haciendo servicio de vigilancia. A veces es difícil recabar información de otros países y lo mejor es seguir al sujeto…

–¿Se puede saber qué hace mi hija en Chapawpa?

–Están en el Festival de Halloween…

–Voy para allá ahora mismo. Tienes mi número de móvil, así que llámame si ocurre algo –lo interrumpió Charles, levantándose.

–De acuerdo.

–Gracias. Buen trabajo, Brady.

Veinte minutos después, Charles pasaba al lado del cartel que daba la bienvenida a Chapawpa. Un cartel que decía: *Si vivieras aquí, estarías en tu casa*.

–Y si no, lo vas a pasar fatal intentando aparcar –murmuró, irritado al ver que el aparcamiento estaba lleno.

Pero no tenía tiempo para buscar un sitio libre, de modo que dejó el coche en la primera calle, pensando que era mejor pagar una multa que perder tiempo mientras su hija estaba a saber dónde, sin la debida protección.

Podría estrangular a Laurel Midland.

Desde luego, ése era un impulso mucho más razonable que los que había tenido unos días antes, mientras hablaban en la biblioteca.

Entonces se encontró a sí mismo observando su sonrisa,

esperando ver aquel brillo de burla en sus ojos verdes…

Ahora sólo tenía un pensamiento: encontrarlas y llevarlas de vuelta a la mansión Gray.

Charles sacó el móvil del bolsillo y llamó a Brendan.

–¿Dónde están?

–Espere un momento… –Brendan habló con alguien por otro teléfono–. ¿Cerca de dónde? ¿El circo de los payasos?

Charles miró alrededor, buscando algo que se pareciera a la carpa de un circo.

–Ah, sí, donde los ponies. ¿Ve usted algún poni?

–Sí, creo que…

Justo en ese momento vio una figura familiar y su corazón dio un vuelco.

Era Laurel.

Se dijo a sí mismo que el sobresalto era provocado por la adrenalina y el enfado y no por cómo le quedaban los vaqueros o por el escote de la camiseta de color salmón.

–Ya la veo –murmuró, antes de colgar.

Penny tenía en la mano un palo de algodón dulce… y toda la cara manchada de rosa.

Y parecía absolutamente feliz.

Charles se detuvo un momento, sorprendido al ver la sonrisa de su hija.

Luego se fijó en la expresión de Laurel. Estaba nerviosa, inquieta.

¿Habría ocurrido algo? ¿Alguien la habría amenazado?

–¡Laurel! –gritó, corriendo hacia ellas.

–¡Charles! No sabes cuánto me alegro de que estés aquí –suspiró ella, prácticamente echándose en sus brazos.

Luego, percatándose de lo extraño de la situación, los dos se apartaron a la vez.

–Me han llamado para decirme que estabais aquí.

–¿Quién te ha llamado?

–Uno de mis empleados… os vio y me llamó por teléfono.

La expresión de Laurel, que unos segundos antes era de inquietud, se volvió airada.

–¿Ese tipo es un empleado tuyo? –exclamó, señalando a un hombre de mediana estatura que, en cuanto vio que lo señalaba se escondió entre las sombras.

Menudo detective.

–No lo sé. Probablemente.

–¿Cómo que probablemente? ¿No dices que es empleado tuyo?

–Sí, bueno…

–Ese señor ha estado mirando a Laurel todo el rato –intervino Penny, con su cara llena de algodón rosa–. Porque es muy guapa –añadió, metiéndose un trozo de algodón en la boca–. ¿A ti también te parece guapa, papá? –le preguntó con la boca llena.

Charles miró de Penny a Laurel.

Era guapa.

Pero había hecho mal llevando a Penny al festival cuando él se lo había prohibido terminantemente.

–Vamos a limpiarte un poco la cara, cielo –dijo Laurel entonces.

–Pero mi papá no ha…

–Tenemos que darnos prisa. Venga, vamos.

De modo que sabía que estaba enfadado. Era algo, pensó Charles. Sabía que había hecho algo malo… pero no había tenido juicio suficiente como para no hacerlo.

Luego esperó, preguntándose qué podía hacer, qué podía decir.

Cuando volvieron, Penny tenía la cara limpia y seguía sonriendo de oreja a oreja.

Laurel, por otro lado, seguía enfadada por el episodio del torpe detective.

Penny corría delante de ellos, como un cachorrillo, emocionada con todo lo que la rodeaba. Y Charles se alegró porque tenía que hablar muy seriamente con su niñera.

–No puedo creer que hayas desafiado mis órdenes.

–¿Órdenes? –repitió Laurel, como si no supiera de qué hablaba.

–Instrucciones más bien –suspiró él–. No, qué demonios, órdenes. Te dije que no quería que Penny viniese al festival.

–Sí, bueno. Sé que no debería haberlo hecho, pero… mírala. Lo está pasando tan bien. Yo sabía que esto sería estupendo para ella, pero no era capaz de hacértelo entender.

–Yo también sabía que lo pasaría bien. El problema es que tú sigues sin entender que has puesto a mi hija en peligro.

–Tonterías. He estado con ella todo el tiempo y no nos ha pasado nada.

–¿Ah, sí? Pues cuando llegué parecías muerta de miedo.

–¡Por culpa de ese hombre!

Laurel se volvió para señalarlo y vio que Penny había salido corriendo con un grupo de niños.

–¡Penny! Si no vamos tras ella la perderemos entre la gente –suspiró, acelerando el paso.

–¿Por qué parecías tan asustada?

–Porque ese hombre nos estaba siguiendo. Me asustaste con tus historias sobre seguridad y todo eso…

–Pero supongo que entenderás que podría haber pasado algo. Podría no haber sido un empleado mío. Y si fuera así, ¿qué habrías hecho?

Laurel tragó saliva.

–No lo sé.

–¿Lo ves?

–¿Qué tengo que ver? Es como oír ruidos en una casa abandonada cuando alguien te ha contado una historia de fantasmas. No es que haya nada, es que uno está más predispuesto a creerlo.

–Tú parecías aterrada, desde luego.

–Pues no lo estaba –replicó Laurel, clavando en él sus ojos verdes.

–No habrá un ex novio persiguiéndote o algo así, ¿verdad?

Ella se puso pálida.

–¡No! ¿Por qué dices eso?

–Sólo era una pregunta –respondió Charles, sorprendido por su reacción. Quizá había un loco persiguiéndola de verdad. Y de ser así, no quería que estuviera cerca de su hija–. ¿Dónde está el coche?

–Hemos venido en tren.

–¿En tren? –repitió Charles–. Tienes un coche con el que puedes llevar a Penny de un lado a otro…

–¿No dijiste que la carretera era muy peligrosa?

Charles Gray levantó los ojos al cielo.

–También te dije que no quería que trajeras aquí a mi hija y la has traído.

–Ya, pero como las carreteras eran peligrosas, pensé que venir en tren sería mejor –contestó Laurel, ignorando por completo la parte de «te dije que no trajeras aquí a mi hija».

Penny se colocó en una cola de niños que esperaban a que una gitana les leyera la mano.

–Lo creas o no, no quiero poner a tu hija en peligro.

–Mientras seas tú quien decida qué es peligroso y qué no lo es, claro –replicó Charles, irónico.

–Sí, bueno. Como ves, este festival es muy divertido y no hay ningún peligro.

No podía negar que Penny lo estaba pasando en grande. Y su vida no había sido siempre una fiesta, eso desde luego. Desde el accidente, era cada día menos comunicativa.

Pero allí estaba, sonriendo, saltando, riendo con los demás niños.

Charles no lograba hacer sonreír a su hija, de modo que se alegraba de verla tan feliz.

–Pero te dije que no lo hicieras.

–Sí, eso es verdad –asintió Laurel.

–No puedes ignorar mis instrucciones.

Ella asintió con la cabeza.

–Prometo hacer un esfuerzo para no ignorar tus instrucciones en el futuro.

–¿Vas a hacer un esfuerzo? –repitió él, incrédulo–. Sencillamente, no hagas lo que te digo que no hagas. Es muy sencillo.

–¡Siguiente!

Laurel miró a Charles.

–Creo que te toca a ti.

–¿Eh? –Charles se dio cuenta entonces de que se refería a la gitana–. Oh, no, no, no…

–Venga, señor –sonrió la mujer–. Es su turno.

Capítulo 7

Venga, papá. Te toca a ti –lo animó su hija.

Laurel vio aquello como la oportunidad perfecta para que Charles Gray protestase por algo que no fuera su estancia en la feria.

–Ve a que te lean el futuro. ¡Qué divertido!

–No quiero…

–Charles –lo llamó la mujer–. Vamos, no tengo todo el día.

–¡Venga, papá! ¡Si hasta sabe cómo te llamas! –exclamó Penny, fascinada.

Fue interesante ver a Charles Gray tan incómodo. Aunque apenas lo conocía, Laurel estaba segura de que no era el tipo de hombre acostumbrado a pedir consejo a adivinadoras. No, Charles Gray era la definición de práctico.

Por supuesto, también era la viva imagen del hombre que no se despeinaba por nada y, para no hacer una escena, aceptó que la gitana le leyera el futuro.

–Deja que vea tu mano –dijo la mujer–. Ah, has tenido suerte. Eres un superviviente.

Charles la miró, escéptico.

–Pero no has tenido suerte en el amor, ¿eh? –la gitana cerró su mano y volvió a abrirla de nuevo–. ¿Nunca has estado enamorado? ¿Cómo puede ser?

¿Cómo podía ser? Había estado casado. El fruto de su matrimonio, Penny, estaba mirando aquella escena.

–Pero lo estarás –siguió la gitana, crípticamente.

Laurel no quería que Penny oyera esas tonterías sobre que su padre y su madre no habían estado enamorados. Cierto o no, la niña no necesitaba oír esas cosas.

Estaba a punto de comentar algo, aún no sabía qué, cuando Charles replicó:

–No me ha contado nada que no supiera –le dijo a la gitana con aparente buen humor, aunque Laurel pudo ver que tenía la mandíbula apretada–. ¿No puede decirme nada más específico?

La mujer lo miró a los ojos y sonrió, mostrando unos dientes ennegrecidos.

–Ella está aquí.

–¿Quién?

Para sorpresa de Laurel, la mujer la señaló a ella.

–Ella. Ella es quien aparece en tu futuro, la mujer con la que pasarás el resto de tu vida.

Charles miró a Laurel, arrugó el ceño y volvió a mirar a la gitana.

–A menos que esté diciendo que mi vida terminará esta misma tarde, me parece que se ha equivocado.

Laurel sintió un escalofrío.

–No, no –rió la mujer–. Yo nunca anuncio la muerte. Sólo la vida y el amor. Ésta es la mujer de tu corazón.

Charles soltó una risotada.

Era insultante, en realidad.

–Es la niñera de mi hija –replicó, como si que alguien se enamorase de una niñera fuera algo completamente absurdo. Evidentemente, no estaba familiarizado con las novelas de las hermanas Brontë.

–Pues yo la veo como algo más. Aparece aquí, en tu futuro –insistió la gitana, señalando su mano–. Estaréis juntos –añadió luego, mirándola a ella–. Dime, cariño, ¿por qué escondes quién eres en realidad?

A Laurel le dio un vuelco el corazón.

Charles aprovechó la oportunidad para apartarse de la mujer y empujar a Laurel hacia ella.

–Te toca a ti.

No podía imaginar cuánto temía Laurel aquello.

Sonrió, pero la sonrisa no le salió natural.

–Vamos a llegar tarde a casa –empezó a protestar.

–Tonterías. Tenemos todo el tiempo del mundo.

La gitana tomó su mano.

–Estás sufriendo y yo puedo ayudarte.

Laurel miró alrededor. Nadie salvo Charles parecía estar prestando atención, afortunadamente. Pero no podía escapar sin mostrarse grosera y sin que Charles sospechara algo.

–Has estado rodeada de criminales. Has estado en peligro –empezó a decir la mujer–. Pero no era en este país.

–Fue en Europa del Este. Era un sitio… estaban en guerra.

–Esto no tiene nada que ver con la política. Estabas en peligro –insistió la gitana–. Alguien quería matarte.

Laurel intentó tragar saliva, pero no era capaz. Tenía la boca seca y temía que si la gitana soltaba su mano, Charles notaría que

estaba temblando. De modo que intentó reírse.

–Menos mal que ya no estoy allí.

–Pero… lo estás. Sigues en peligro. No entiendo esto… estás allí y estás aquí –la gitana sacudió la cabeza–. No tiene sentido.

Oh, Dios. Sí tenía sentido.

Demasiado sentido.

Laurel notó que Charles miraba por encima de su hombro, como si pudiera ver algo en su mano.

–Ahora ya no pasa nada. Puedes salir de tu escondite. Tú y tus hermanas por fin seréis felices.

¿Hermanas?

–Yo no tengo hermanas.

La mujer arrugó el ceño.

–¿No te hablas con ellas?

–No, no, es que no tengo hermanas.

A menos que… en fin, había sido adoptada. Era posible que tuviera hermanas o que alguno de sus padres biológicos hubiera tenido más hijos.

La mujer volvió a mirar su mano.

–Tienes dos hermanas. Y están muy cerca de ti.

Laurel negó con la cabeza. Desde luego, ella no tenía hermanas que estuvieran «muy cerca» de ella.

–Quizá está confundiendo mi futuro con el de otra persona.

–No –contestó la mujer.

Laurel apartó la mano, nerviosa.

–Entonces no sé cómo explicarlo.

–No hace falta que expliques nada. Tu corazón te dirá la verdad –la mujer la miraba a los ojos con tal honestidad que Laurel casi estuvo a punto de creerla–. Sé sincera contigo misma. Es importante que dejes de esconderte.

–¿Quién eres en realidad? –preguntó Charles.

Ella se volvió para mirarlo.

–Soy exactamente quien digo ser. Esta mujer… está diciendo bobadas.

–Oye, que estaba bromeando –dijo Charles entonces, mirándola con una extraña expresión.

–Sí, ya. Bueno. Lo sabía. Es que no quiero que pienses que… estoy escondiendo algo –murmuró Laurel, mirando desesperadamente a la gitana.

–Claro –dijo la mujer, como si pudiera leer sus pensamientos–. Esto es sólo por diversión.

–Será mejor que nos vayamos –insistió Laurel entonces–. Se

está haciendo tarde… y las carreteras…

Luego llamó a Penny, que estaba a unos metros mirando a los payasos, y los tres juntos se dirigieron al coche de Charles.

Pero Laurel podía sentir los ojos de la gitana clavados en su espalda.

–¿Tú crees que la gitana decía la verdad? –preguntó Penny, desde el asiento trasero del lujoso coche de su padre.

–Desde luego que no –contestó Charles–. Era de mentira.

–Pero no parecía de mentira –protestó la niña–. ¡Y ha dicho que vais a casaros!

–Como empiece a haber rumores… –murmuró Charles, entre dientes.

Laurel miró a la niña.

–La habían contratado para trabajar en el festival, cariño. Como a los payasos o los puestos de caramelos.

Penny arrugó la nariz.

–Ah.

Laurel no les dijo que no era su primer experiencia con un adivinador. Llevaba mucho tiempo intentando olvidar la primera vez que alguien le leyó el futuro, en Lenovia. Todo lo que aquel viejo le había dicho sobre su pasado, lo que ocurría en su casa y lo que ocurriría en su futuro… había acertado en todo.

Tragedia.

Muerte.

Renacimiento.

Todo era cierto.

Más tarde, Laurel lamentó no haberle preguntado sobre sus padres biológicos, pero en aquel momento sintió tanto miedo que tuvo que alejarse. No sabía por qué, quizá porque pensaba que si no lo oía no podría hacerse realidad.

Pero lo de aquel día… aquella gitana diciendo que tenía dos hermanas, que ella sería el amor de Charles Gray.

Era ridículo.

–¿Laurel?

–¿Sí?

–Estaba diciendo que lo de leer el futuro es sólo un juego de Halloween, que no es más real que los disfraces de fantasma –Charles hizo un gesto con la cabeza hacia el asiento trasero–. ¿Verdad que sí?

–Sí, claro, por supuesto –asintió ella, mirando a Penny, que

parecía decepcionada–. Pero ha sido divertido, ¿no? Tú podrías disfrazarte de gitana la noche de Halloween.

–¿De verdad? –de inmediato, Penny volvió a sonreír–. ¿Puedo ir a pedir caramelos de casa en casa?

Oh, no. Laurel no tenía que mirar a Charles para saber que iba a decir que no.

–Bueno, ya veremos, cariño –murmuró, haciendo una mueca–. Tendré que hablarlo con tu papá.

–De hecho, hay varias cosas de las que deberíamos hablar.

–Ya me lo imaginaba.

–Me alegra saber que eres perceptiva sobre ciertas cosas.

–¿Qué es perseptiva? –preguntó Penny.

–Perceptiva –la corrigió Laurel automáticamente.

–Pues eso, perseptiva, lo que he dicho –suspiró la niña, con la misma expresión impaciente que su padre–. ¿Qué significa?

–Perceptiva significa que entiendes lo que alguien quiere decir antes de que lo diga –contestó Laurel–. Aunque la persona no esté siendo nada clara.

–Por otro lado –intervino Charles– alguien que se cree muy perceptivo puede hacer lo que le dé la gana sin tener en cuenta los sentimientos o los deseos de los demás. Incluso cuando las otras personas le dicen específicamente lo que sienten.

–Y sin embargo, una persona perceptiva puede entender una situación mucho mejor que otra que quiere lo que quiere sin que le importe qué es lo mejor para las personas involucradas –replicó Laurel, satisfecha con su explicación.

–A veces –dijo Charles– una persona que se cree enormemente perceptiva puede entender las cosas a su manera, sea cual sea la verdad.

–Como puedes ver, hay muchas definiciones –intentó sonreír Laurel–. Pero básicamente significa ser sensible –añadió, volviéndose para mirar a Penny.

Pero la niña estaba ocupada mirando por la ventanilla.

–¿Penny?

–¿Qué? –la niña la miró con una expresión absolutamente inocente.

Laurel tuvo que contener la risa. Penny había dejado de prestarles atención.

–¿Entiendes ahora lo que significa?

–Se me ha olvidado la palabra –le confesó la niña, suspirando–. Hemos pasado por delante de unos caballos. Mi mamá me dijo una vez que cuando uno pasa por delante de caballos y hay uno blanco

debe pedir un deseo.

Laurel se percató de que Charles se ponía tenso.

–¿Has visto un caballo blanco?

–Sí.

–¿Y has pedido un deseo?

–Sí, bueno… –la niña se puso colorada.

Laurel esperó, asustada, lo que estaba por llegar. Sin duda sería ir a pedir caramelos de casa en casa u organizar una fiesta llena de gitanas adivinadoras o algo a lo que Charles se negaría en redondo y por lo que la culparía a ella.

–He pedido un caballo –dijo Penny por fin–. Pero no sé montar.

Laurel dejó escapar un suspiro.

–Quizá deberías empezar por pedir un perrito.

–Estás absolutamente decidida a causarme problemas, ¿es eso? –dijo Charles entonces, con un tono que no asustaría a Penny pero que, Laurel sabía, iba a ser un problema para ella.

–O un perrito de peluche –añadió.

Afortunadamente, Penny pareció pensar que ésa era una gran idea.

–¡Me encantan los muñecos de peluche! ¿Puedo tener un perro de peluche, papá?

Habiendo evitado la catástrofe, Laurel contestó:

–Por supuesto. Te lo compraré yo misma.

Satisfecha de haber resuelto el problema, se volvió con una sonrisa en los labios.

–Tengo que hablar contigo esta noche –dijo Charles en voz baja–. En cuanto Penny se haya ido a dormir.

Capítulo 8

He encontrado a alguien que conoció a Laurel –le estaba diciendo Rose Tilden Harker a su hermana Lily, por teléfono.

–¿Quién? ¿Dónde?

–Bueno, su nombre también es Laurel –contestó Rose, mirando sus notas–. Laurel Midland. Por lo visto, esta mujer acaba de volver de Europa del Este, donde trabajaba con nuestra hermana.

–Oh.

–Lo sé, lo sé –suspiró Rose. Siempre habían sido capaces de entenderse casi sin palabras y siempre, como ahora, pensaban lo mismo. Era muy triste saber de alguien que había conocido a la hermana que ellas no conocerían nunca. Pero al menos podrían averiguar algo sobre Laurel, a la que no habían vuelto a ver desde los dos años.

–¿Ella la conocía bien?

–El director del centro ha dicho que solían llamarlas «Las Laureles» y que se llevaban tan bien como si fueran hermanas.

–Qué ironía.

–Sí, es verdad.

–¿Sabes una cosa? –suspiró Lily–. Acabo de enterarme de que Conrad y yo iremos a Nueva York la semana que viene para asistir a un evento que organiza la fundación de su padre. ¿Por qué no voy unos días antes y me quedo en tu casa?

El corazón de Rose dio un salto. Había pasado un año desde que su hermana y ella compartían un diminuto apartamento en Brooklyn. En un solo año, sus vidas habían cambiado drásticamente. La de Rose cuando conoció a su marido, el constructor Warren Harker, y la de Lily cuando conoció al suyo, el príncipe Conrad de Beloria, un diminuto principado en Europa Central.

Desde que Lily se fue a vivir a Beloria, evidentemente las dos hermanas se habían visto mucho menos. De hecho, habían pasado dos meses desde la última vez. Después de vivir juntas toda la vida, dos meses eran una eternidad.

–¿Puedes venir ahora mismo?

Lily soltó una carcajada.

–Primero tengo que hacer las maletas.

–Compra aquí lo que necesites. Venga, sube a un avión y ven a Nueva York ahora mismo –insistió Rose, medio en serio medio en broma. Pero cuanto más hablaba de Laurel Midland, más urgente le parecía encontrarla.

Por alguna razón, el tiempo era esencial.

–¿Estás bien? –le preguntó Lily–. Rosie, ¿hay algo que no me hayas contado?

–No, es sólo que…

–¡Estás llorando!

–Lo sé, pero no pasa nada, de verdad. No sé qué me pasa. Es que últimamente estoy muy emotiva.

–¿Seguro que no te pasa nada? –insistió Lily–. ¡Ay, Dios mío, Rose, estás embarazada!

Por qué eso sorprendió a Rose, no lo sabría nunca. Lily siempre había sido capaz de saber lo que le pasaba, estuvieran en la misma habitación o al otro lado del mundo.

–Quería contártelo cuando llegases…

–¡Rosie, un niño! ¿De cuánto tiempo estás?

–Como de unos tres días –bromeó su hermana–. Me he enterado esta mañana.

–¡Qué emoción! Nuestra familia crece cada día más.

–Eso espero –suspiró Rose–. Pero date prisa en venir. Hablaremos de todo entonces. Es que tengo esta extraña premonición de que si no encontramos a Laurel Midland de inmediato se nos escapará de las manos, como se nos escapó nuestra Laurel –entonces tuvo que contener un sollozo–. Seguramente es una tontería. Pero perdimos a Laurel y ahora que por fin tenemos un eslabón que nos conecta con ella me da miedo perderlo también.

–Iré enseguida –dijo Lily–. Te llamaré en cuanto llegue al aeropuerto. Mientras tanto, cuídate y cuida de ese niño que llevas dentro.

Capítulo 9

Charles nunca habría pensado que Laurel Midland era de las que se asustaban fácilmente. Y menos por una adivinadora de feria, de modo que su reacción ante lo que dijo la gitana lo tenía intrigado.

Evidentemente, la gitana no decía más que tonterías. Cierto, él no había estado enamorado de Angelina, la madre de Penny… pero Angelina, igual que muchas personas de su círculo más íntimo, sabían que el suyo había sido más que un matrimonio, una fusión comercial. Un matrimonio de conveniencia para las dos familias. Si Angelina hubiera vivido, probablemente ahora estarían divorciados.

Penny había sido el resultado de un breve momento de pasión durante el primer año de matrimonio. Pero el embarazo de Angelina había sido difícil y después de dar a luz, cuando estuvo repuesta del todo, buscó la pasión en otro sitio, con otro hombre.

Ni Charles ni Angelina mostraron el menor remordimiento por hacer vidas separadas. Los viñedos habían prosperado, su relación era amistosa, su fortuna aumentaba como la espuma…

Que la gitana hubiera dicho eso no era más que una coincidencia. La clase de bobada romántica que solía decir porque eso era lo que los clientes querían escuchar. Como lo que había dicho sobre que Laurel Midland era la mujer de su vida.

Imposible, por supuesto. Porque en unas semanas se habría ido de la mansión Gray y Penny tendría una nueva niñera.

De hecho, Charles empezó a hacer entrevistas al día siguiente.

La primera era una mujer de unos sesenta y cinco años, con acento británico y aspecto severo.

Pero las cosas no empezaron bien.

–Debo decirle, señor Gray, que no apruebo a las personas que beben alcohol.

–Genial. Prefiero que la niñera de mi hija permanezca sobria.

–Y yo lo prefiero en la persona que me contrata –replicó ella, con una ceja levantada–. Tengo ciertas reservas sobre el hecho de que su negocio consista en fabricar vino.

Bien, estupendo. Seguramente sería bueno para Penny tener una niñera tan estricta.

–No se preocupe, es mi negocio, no mi afición.
La mujer asintió con la cabeza.
–Me alegra saberlo. Con todo respeto, a mí me gustan las cosas como deben ser. Me gusta mantener una rutina, especialmente con los niños a los que cuido.
–¿Podría darme un ejemplo de su rutina diaria?
–Nos levantaremos a las siete de la mañana y tomaremos cereales y leche para desayunar. Nada de zumos. Son malos para los dientes. A media mañana, cuando la niña no esté en el colegio, iremos a dar un largo paseo. El almuerzo a la una en punto…
La mujer siguió y siguió. Era absolutamente inflexible ante cualquier circunstancia de la vida.
Laurel la habría detestado, pensó Charles. Ella insistiría en jugar y en explorar el jardín buscando tesoros. Insistiría en que Penny debía tener libertad para cometer sus propios errores porque así aprendería de ellos…
Charles siguió entrevistando a las candidatas, pero no podía dejar de pensar en lo que diría Laurel: «demasiado severa, demasiado mala, demasiado seria, poco cariñosa, no escucha, no es generosa».
En resumen, ninguna de ellas era Laurel.
Y estaba empezando a ver algunos beneficios de las teorías de Laurel Midland, aunque seguía pensando que era demasiado joven y demasiado guapa como para confiar en que se quedara mucho tiempo.
De modo que lo que debía hacer era encontrar a alguien parecido a Laurel… para reemplazar a Laurel.
Era un poco confuso y tenía que recordarse a sí mismo que lo mejor era ignorar el absurdo deseo de que Laurel siguiera siendo la niñera de Penny.
Más tarde la llamó a su estudio, después de haber acostado a su hija, cuando no había ninguna posibilidad de que la niña oyera la conversación.
–Sé que no debería haber llevado a Penny al festival ayer –empezó a decir Laurel, antes de que él dijera nada–. Pero es que estaba convencida de que sería bueno para ella. La pobre siempre está tan sola. La señora Daniels me ha dicho que no tiene amigas y pensé…
–Un momento –la interrumpió Charles–. Por favor, siéntate.
Laurel se sentó, pero siguió hablando.
–En fin, ahora está haciendo amigos en el colegio y haciendo planes con ellos para después de clase. Ésa es muy buena señal.

Tiene que relacionarse con otros niños de su edad.

Charles no sabía qué decir. Que se relacionase con otros niños de su edad no le parecía algo fundamental para Penny.

–Tiene seis años. Los amigos, las actividades… todo eso vendrá con el tiempo.

Laurel lo miró, escéptica.

–Cuando estaba en Lenovia había niños encerrados en sí mismos. Sí, desde luego, eran niños que habían sufrido mucho más que Penny, pero es algo muy común. Cuando sufren, se encierran en sí mismos y es muy difícil que se abran. A veces, es imposible. Estoy hablando de niños de doce y trece años. Habían perdido a sus padres y las autoridades los habían llevado de un lado a otro… ya no confiaban en nadie.

–Es muy triste que un niño pierda a sus padres, lo sé bien –asintió él–. Pero eso no tiene por qué convertirlos en renegados.

–No –dijo Laurel, pensativa–. Pero a veces, cuando una persona se acostumbra a estar sola decide que quiere seguir estando sola. Y yo no quiero que eso le ocurra a Penny.

–No le ocurrirá –suspiró Charles–. Pero yo quería hablar contigo sobre otro asunto.

–Ah.

–Aunque agradezco mucho el trabajo que estás haciendo y sé que te llevas muy bien con mi hija, me temo que la pobre lo pasará mal cuando tenga que contratar a una nueva niñera.

–¿Y por qué no conservas a la niñera que tienes? –sugirió Laurel–. Yo esperaba que vieses lo bien que nos entendemos…

–Lo veo, te lo aseguro –la interrumpió él–. Pero dejé claro desde el principio que sólo sería un mes y que era mi intención contratar a otra persona. De hecho, he empezado a entrevistar a varias candidatas esta misma mañana.

–Ah –Laurel lo miró, desolada–. ¿Y has encontrado a alguien que te guste?

–No, la verdad es que no. Pero ahora tengo una idea más clara de lo que quiero –Charles intentó apartar de su mente la idea de que era ella lo que quería. Para Penny, naturalmente–. Creo que deberíamos contarle a Penny que vas a marcharte… para que no se encariñe demasiado.

–Ya veo.

El brillo que había visto en esos ojos verdes unos minutos antes había desaparecido.

Y Charles sintió un extraño remordimiento. Quería verla sonreír de nuevo. Quizá porque estaba, como decía la canción,

acostumbrándose a su cara.

Lo cual era absurdo.

–Como te dije, te pagaré el contrato completo. Así tendrás tiempo de encontrar otro puesto de trabajo y no tendrás problemas económicos mientras lo buscas.

–Ya veo –murmuró Laurel–. De modo que puedo quedarme dos semanas más y me pagarás todo el contrato.

–Eso es.

–No, lo siento, no vale la pena.

–¿Estás diciendo que quieres más dinero? –exclamó Charles.

–No, claro que no –replicó ella, como si la hubiera insultado–. No estoy hablando de dinero.

–¿Entonces qué has querido decir?

–Que no merece la pena abandonar a esa niña para recibir un dinero que no me he ganado.

–¿Cómo que abandonar…? ¿De qué estás hablando? Te dije desde el principio que sólo estarías aquí durante un mes.

–¿Y si yo no quisiera irme? –lo retó Laurel.

–¿Cómo dices? No puedes negarte a ser despedida.

–Quizá no, pero tengo un contrato. Un contrato de seis meses. A menos que haya una causa justa no puedes despedirme así como así.

–No puedo despedirte sin pagar todo el contrato, pero ya te he dicho que voy a hacerlo.

–Esa cláusula no está incluida en mi contrato.

Aquello era increíble.

–Pero se implica claramente en todo contrato que si se paga la cantidad total no puede haber litigio –replicó él.

–Eso lo dices tú –contestó Laurel–. Ya veremos lo que opina un juez.

Charles estaba atónito. Había despedido a mucha gente en su vida. A veces se había ofrecido a darles una gratificación, a veces los había amenazado con una demanda. Pero jamás le había ofrecido a alguien pagar todo el contrato cuando apenas se había cumplido un mes de trabajo. Y dudaba que ninguna otra persona se negara a aceptar ese trato.

Especialmente sabiendo que dejaría de trabajar en dos semanas.

–No estoy intentando ponerme difícil –dijo Laurel entonces–. Me doy cuenta de que es una oferta generosa. Si trabajase en una oficina, te diría que sí de inmediato.

–Exactamente.

–Pero no estamos hablando de un trabajo en una oficina.

–No. Y tampoco estamos hablando de que necesites estudios superiores o un máster para conseguir un puesto similar –le espetó Charles, irritado.

Laurel arrugó la nariz de una manera que le resultó sorprendentemente encantadora.

–No necesito un máster para conseguir otro puesto como niñera, ¿no?

–No, claro que no.

–Ni necesito más experiencia.

–Supongo que no.

–¡Pues ya está! –exclamó Laurel–. Tú mismo lo estás diciendo. Acabas de admitir que no necesito más experiencia para trabajar como niñera. De modo que tú no puedes rescindir un contrato porque no tienes base alguna para hacerlo –luego se cruzó de brazos, retadora.

Charles la miró, perplejo.

–Creo que lo que dije fue que prefería a alguien más maduro.

–Mayor.

–Sí.

–O sea, que es un prejuicio debido a la edad.

Era buena, desde luego. Aquella chica era capaz de acorralarlo. ¡Qué habilidad para darle la vuelta a las cosas!

Afortunadamente, él no era tonto.

–Siento tener que decir esto bajo juramento, pero la verdad es que siempre quise una persona más madura… no mayor. Una persona sensata que obedeciera mis instrucciones. Por ejemplo, si le digo que no se lleve a mi hija a un sitio que podría ser potencialmente peligroso, espero que esa persona obedezca porque, al fin y al cabo, yo soy el jefe.

Laurel se puso colorada.

Le quedaba muy bien ponerse colorada.

–Se te dan muy bien las réplicas.

Charles sonrió. No pudo evitarlo.

–A ti también.

–Mira, seamos sinceros. Voy a decirte toda la verdad.

–Te escucho.

–Muy bien, necesito un trabajo. Y este trabajo en particular me encanta porque me permite vivir donde quiero y visitar a mi padre en mis días libres.

–Muy bien –asintió Charles.

–Pero hay otro elemento. Un elemento humano.

–Penny.

–Eso es. Estés de acuerdo o no, y ya has dejado bien claro que no, Penny necesita apoyo emocional y lo necesita ahora mismo. Ha perdido a su madre y, en cierto modo, a ti…

–Yo estoy aquí.

–No estás siempre aquí, Charles. Y cuando estás aquí, ¿de verdad estás con ella?

No, no estaba con Penny.

Los dos lo sabían.

–No, no estoy siempre con mi hija. Es verdad. A menudo tengo que ir a Nueva York o a París, a Italia… donde se venda vino, que es a lo que me dedico. Y lo que Penny necesita es una persona que esté siempre con ella, con la que pueda contar en todo momento –dijo Charles entonces–. Alguien que ya haya tenido familia o no piense tenerla nunca. Alguien que no vaya a echarse novio y a marcharse inesperadamente. En resumen, alguien que esté dispuesto a comprometerse con ella a largo plazo.

–¿Y por qué crees que yo no puedo hacer eso? –preguntó Laurel.

–Porque eres joven, guapa… y acabas de volver a Estados Unidos después de pasar muchos años en un país que está en medio de una guerra civil –contestó él–. Aún no tienes treinta años, no sabes qué va a ser de tu futuro.

En cuanto dijo esa frase recordó lo que la gitana le había dicho. Que Laurel sería la mujer de su vida…

Naturalmente, no lo creía, pero lo había recordado de todas formas. Aunque eso no iba a ocurrir. La gitana estaba equivocada… él no iba a pasar el resto de su vida con Laurel Midland.

Capítulo 10

Pues claro que no sabemos qué nos deparará el futuro –replicó ella, aunque no podía dejar de recordar las palabras de la gitana en el festival y las del anciano en Lenovia.

¿Era cierto que nadie sabía lo que ocurriría en el futuro?

¿Y si alguien lo sabía, sería una estupidez no hacer caso de sus consejos?

No, lo mejor sería no seguir pensando en ello.

–Pero no hace falta ver el futuro para saber lo que Penny necesita ahora –siguió Laurel–. Y me necesita a mí. Y te aseguro que no tengo la menor intención de liarme con el primero que pase.

–Eso no lo sabes con seguridad.

–Puedo prometértelo –dijo ella, mirándolo a los ojos–. Puedo prometer que no abandonaré a Penny.

–¿Y si te enamorases?

Su primera reacción fue que tal idea era completamente absurda, pero cuando iba a decirlo algo hizo que se detuviera. Cuando lo miró a los ojos para decir que no pensaba enamorarse no le salieron las palabras.

De modo que compensó el silencio lanzando una especie de bufido.

–Lo dudo –dijo por fin.

Charles levantó una ceja y la miró con renovado interés. ¿ O era su imaginación?

–¿No?

–No.

–¿Nunca?

Ella tragó saliva.

–En un futuro próximo, no.

–¿Y cómo sabes que no va a aparecer alguien cualquier día de éstos? Un hombre que te haga perder la cabeza. Esas cosas pasan.

Laurel se aclaró la garganta.

–Señor Gray, yo no suelo perder la cabeza.

–¿Señor Gray?

–Bueno, Charles. Mira, esta conversación no tiene sentido.

Parece que estuvieras hablando con una cría boba que va de novio en novio sin darle ninguna importancia. ¿Qué he hecho yo para darte esa impresión?

–No es nada personal…

–¿Cómo no va a ser personal?

–A tu edad, cualquier cosa puede pasar –insistió él.

–¿A mi edad? –repitió Laurel, incrédula–. Tengo veintiocho años. No creo que sea mucho más joven que tú.

–Es como si tuvieras cien años menos que yo –suspiró Charles entonces. Y, de nuevo, tuvo la impresión de que estaba hablando consigo mismo.

–Venga ya –exclamó Laurel, olvidando cualquier pretensión de que aquélla era una conversación entre jefe y empleada–. ¿Cuántos años tienes, treinta y seis?

–Treinta y ocho.

–Y eso te convierte en un anciano, ¿no? Ya no puedes enamorarte, ya no puedes ir de la mano con una chica para ver el atardecer.

Algo le decía que se estaba metiendo en terreno peligroso, pero era demasiado tarde para echarse atrás.

Charles la miró a los ojos.

–No creo que mi edad me impidiera hacer eso.

–¿No?

–No. Me lo impide mi sentido de la realidad.

–Algunos lo llamarían cinismo –replicó ella.

–¿Tú lo llamarías así?

–No estoy segura –contestó Laurel, con sinceridad–. Quizá es una actitud realista y cínica a la vez. Pero te entiendo.

Charles sonrió.

–No creo que una mujer como tú pudiera entender eso.

–¿Por qué no?

–Porque tú eres una persona apasionada.

–¿Tú crees?

–Alguien que puede dar argumentos sobre los beneficios de un Festival de Halloween con la rapidez con que lo hiciste tú, tiene que ser apasionada.

–Pero no estaba hablando sólo del festival –suspiró Laurel–. Estaba hablando de Penny.

–Lo sé. Recuerdo perfectamente lo que dijiste –Charles la miró entonces, sacudiendo la cabeza–. Pero quizá éste no sea el mejor momento para hablar del tema.

–¿Por qué no?

–Porque… es tarde –contestó él, mirando por la ventana. Ya había oscurecido, pero no podían ser más de las nueve.

–Muy bien –dijo Laurel entonces. Si estaba diciéndole que saliera del estudio, pero no de la casa, lo mejor sería marcharse, pensó–. Hablaremos mañana entonces.

–Muy bien. Hablaremos mañana.

Laurel salió del estudio, irritada por todo. Por su actitud distante, por su obstinación, por sus raras aunque deliciosas sonrisas, por el brillo de sus ojos, por cómo los guiñaba cuando discutía, como si fuera un héroe en una novela romántica…

Todo eso la volvía loca.

Subió a su habitación pensando en todo lo que debería haberle dicho si hubiera podido pensar con más claridad.

Debería haberle preguntado si de verdad le importaba la felicidad de su hija o si sólo le interesaba fingir que le importaba. Porque si le importaba de verdad la felicidad de Penny se olvidaría de sus prejuicios y vería que la niña empezaba a abrirse, a comportarse como los demás niños.

Laurel llevaba poco tiempo en la casa, pero adoraba a Penny y sabía que la niña también la quería. Aún tenía algunas reservas, algo que había heredado de su padre, pero cada día le contaba más cosas y se apoyaba más en ella.

Era una cuestión de confianza, pensaba. Penny estaba empezando a confiar en ella. Durante los primeros días, había pasado de ser cariñosa a mostrarse desconfiada o a acusarla de querer «marcharse como se había marchado todo el mundo».

Si Charles se salía con la suya, tendría que hacer justamente eso. Y Penny nunca lo entendería. Era algo que se le quedaría clavado en el alma, convirtiéndola en una adulta desconfiada.

No hacía falta ser psicólogo para ver que eso era lo que iba a pasar.

Era como para volverse loco.

¿Por qué no quería Charles hacerle caso?

Porque pensaba que era demasiado joven y que, por lo tanto, su opinión no contaba para nada. ¿Creía que era tonta, que no tenía nada que decir?

¿Pensaría que estaba equivocada?

Laurel entró en la habitación de Penny, sin pensar. Lo había hecho por instinto, para comprobar que estaba durmiendo.

Quizá ella necesitaba a Penny tanto como la niña la necesitaba a ella.

Quizá necesitaba a Penny más de lo que había pensado.

Caminó de puntillas sobre la alfombra, una alfombra preciosa, pero como todo lo demás demasiado antiguo para una niña de seis años. Ella habría querido poner una con ositos o algo así, pero la señora Daniels le había advertido que no debía hacer cambios sin antes consultarlo con el señor Gray.

Pero Laurel sabía que si consultaba algún cambio con Charles, él le diría que no.

De modo que se acercó a la cama y miró a Penny, dormida, respirando tranquilamente con Margarita a su lado.

Su mundo era tan pequeño todavía. Y aun así ya había tenido que sufrir demasiado.

Laurel querría borrar toda esa pena, toda esa confusión.

Y quizá también quería borrar los tristes recuerdos de su propia infancia.

Suspirando, se sentó al borde de la cama y acarició el pelito de la niña.

Ojalá supiera dibujar para capturar aquel momento de inocencia y conservarlo para siempre.

–Que tengas dulces sueños –musitó, inclinándose para darle un beso en la mejilla.

La niña se movió un poco, pero no despertó.

Laurel sonreía mientras salía de la habitación. No iba a abandonar a Penny.

Por mucho que Charles Gray dijera, por muchos argumentos que le diese, por muchas candidatas que tuviera esperando en la puerta, Laurel lo convencería como fuese de que nadie podría hacer mejor aquel trabajo que ella.

No tenía nada que ver con el dinero, ni siquiera con el santuario que la mansión Gray representaba.

Era por Penny.

Y si a Charles le importaba su hija de verdad, tendría que aceptar que se quedase.

Capítulo 11

Charles Gray no era un hombre absurdamente testarudo.

A pesar de las apariencias que parecían afirmar lo contrario, era capaz de ver los árboles y el bosque, aunque se refiriese a su hija y a Laurel Midland.

El problema era que Laurel Midland tenía la manía de crear tal caos en él que le costaba admitir que veía los árboles y el bosque.

Pero lo hacía.

Veía que Penny estaba cada día más unida a ella. Y sabía que a su hija le costaba confiar en la gente.

Y sabía también de quién había heredado eso.

Laurel también lo sabía, claro. Sabía que la niña estaba cada día más cerca de ella, sin saber que a las otras niñeras ni las había mirado siquiera.

Penny nunca había sido una niña antipática, pero cuando era tímida era horriblemente tímida. Sin embargo, nunca la había visto tímida con Laurel. Al contrario, Penny le contaba las cosas que hacía en el colegio y a saber qué más. Su hija se estaba abriendo como un jazmín a primera hora de la mañana.

Si le quitaba a Laurel ahora sería un golpe terrible para ella y ya había sufrido más que suficiente.

De modo que, por muy imposible que fuera Laurel Midland, por muy impertinente que fuera, tendría que quedarse.

De hecho, la necesitaba allí. Y si era necesario, le suplicaría que se quedara.

Charles se levantó del sillón y se acercó al bar, escondido en la librería, para apartar un tomo de Mark Twain. Iba a abrir una botella de whisky de malta, pero se detuvo. Era muy fuerte. Con una mujer como Laurel en la casa, quería mantener la cabeza despejada.

De modo que sacó una botella de Cabernet del 2001, quitó el corcho y se sirvió una copa.

¿Qué le había pasado a su vida durante las últimas semanas? ¿Cómo había cambiado todo tan rápido?

Sería una ironía que un hombre que nunca había tenido que suplicarle a una mujer para nada tuviera que hacerlo por una niña

de seis años, pero si eso era lo que tenía que hacer, lo haría.

Por ella lo haría.

Charles se tomó el vino de un trago y se sirvió otra copa. Después de bebérsela, guardó la botella en su sitio. Una suerte porque en cuanto la hubo guardado, Laurel Midland entró en el estudio como una tromba.

–Mira –dijo sin preámbulo alguno–. Sé que tú valoras tu intimidad y todo eso y que seguramente no hay nada más inapropiado que volver a venir cuando prácticamente me has dicho que me fuera para decirte que estás equivocado, pero no tengo alternativa. Te equivocas, Charles. Te equivocas de medio a medio.

Él la miró. Estaba temblando, pero no sabía si eran los nervios o la carrera que debía haber dado para volver al estudio a toda velocidad.

–¿Sobre qué?

–Sobre Penny. Y, más específicamente, sobre mi papel cuidando de Penny.

Charles levantó una ceja, esperando que siguiera.

Y ella siguió:

–Yo no soy la única persona en el mundo que podría hacer este trabajo, pero por alguna razón Penny confía en mí. Y no pienso defraudarla –Laurel se cruzó de brazos–. No pienso irme.

Aquello era muy interesante.

Charles disimuló una sonrisa. La verdad era que disfrutaba hablando con ella. Disfrutaba mucho. No todo el mundo le decía lo que pensaba de verdad. A la cara.

De hecho, prácticamente nadie lo hacía. Sobre todo, sus empleados.

Y aquello le resultaba novedoso. Irritante, pero novedoso.

–¿Te gusta el vino?

–¿Eh?

–¿Te gusta el vino?

–Pues… ¿me estás preguntando si tengo un problema con el alcohol o si apruebo que te dediques a vender vino?

Charles soltó una carcajada.

–Sólo quiero saber si te gusta el vino.

–Pues… lo bebo alguna vez. No a menudo, claro…

–¿Te gusta o no?

–… pero sí, tomo vino de vez en cuando.

–Es que tengo un Cabernet del 2001 y me gustaría saber tu opinión.

No necesitaba su opinión. Sabía que era excelente. Pero quería que se relajara un poco.

–¿Quieres probarlo?

Aunque quizá él se había relajado demasiado. Quizá no era buena idea tomar una copa con Laurel.

Pero ya no podía parar. Había pasado tanto tiempo desde la última vez que mantuvo una relación personal con alguien. De cualquier tipo.

–Pues…

–Vamos, pruébalo. Es un buen año.

–¿Ahora o entonces? –preguntó ella, tomando la copa.

«Eso ya se verá», pensó Charles.

–Elige tú. Es un buen vino de todas formas.

Laurel tomó un sorbito y cerró los ojos.

–Sí, es bueno.

Qué guapa era.

Y no había bebido tanto, de modo que aquel deseo irracional que sentía de besarla sólo podía deberse a… ¿qué? A la naturaleza, seguramente.

–¿Qué pasa? –preguntó Laurel, dando un paso atrás.

–Nada –contestó él–. Nada en absoluto. ¿Por qué?

–Porque me miras de una forma…

–¿Cómo te miro?

–No sé… no, nada, déjalo.

Aquél era territorio peligroso. Estaba a punto de besarla cuando unos minutos antes estaba dispuesto a despedirla y no volver a verla nunca.

Era una locura.

Charles dio un paso atrás.

–No quiero que te sientas incómoda.

–No, no es eso –murmuró Laurel–. Es que… estábamos hablando de Penny y sé que ella es lo más importante para ti, pero te aseguro que también significa mucho para mí y aunque no estemos de acuerdo en esto…

–Puedes quedarte –la interrumpió Charles.

¿Para qué iba a hacerla sufrir? Ya había tomado una decisión. Además, Laurel tenía razón. Y no debía obligarla a argumentar su caso durante horas sólo para ver su bonita cara.

–¿Qué?

–Ya me has oído.

–¿Qué quieres decir? –preguntó Laurel entonces, con expresión suspicaz–. Ayer querías que me fuera. Hace unos minutos querías

que me fuera… no puedes haber cambiado de opinión tan deprisa.

Charles sonrió.

–A lo mejor no conoces a la gente tan bien como crees.

–A lo mejor no –Laurel seguía mirándolo como si fuera un antiguo manuscrito que debía descifrar–. ¿Por qué no me explicas qué has querido decir exactamente? ¿Quieres que me quede como niñera de Penny?

–Sí.

Ella se quedó estupefacta. Absolutamente estupefacta. Pero recuperó la compostura enseguida.

–¿De verdad, de verdad? ¿O sólo otras dos semanas?

–De verdad, de verdad.

¿Desde cuándo hablaba él así? Laurel despertaba algo en él, un cierto aire… juvenil.

Y la verdad era que no le molestaba nada.

Especialmente cuando lo miraba como lo estaba mirando en aquel momento, con los ojos muy abiertos y una sonrisa en los labios.

–¿En serio?

–Sí –contestó Charles–. Mientras obedezcas mis instrucciones en lo que se refiere a mi hija –añadió porque siendo Charles Gray debía añadir eso.

Aunque incluso a él le sonó demasiado formal, incluso forzado.

–¡Sí, sí, claro! –exclamó Laurel. Debía estar tan contenta de recibir la noticia que no le importaba cómo la presentase.

–¿Eso no será un problema? Seguir mis instrucciones quiero decir… aunque vayan en contra de tu famoso instinto.

–Absolutamente –contestó ella, haciendo una cruz sobre su corazón–. Se hará lo que tú digas.

–Muy bien.

Pero los dos sabían que eso iba a ser un reto para ella.

Charles volvió a llenar las copas.

–Estoy de acuerdo contigo en que Penny necesita una constante en su vida y no la tiene conmigo porque viajo demasiado. Además, yo…

¿Qué? ¿Cómo podía explicar la extraña timidez que sentía en presencia de su hija?

Sonaría como algo absurdo.

–¿Estás… pensando esforzarte un poco más con Penny? –preguntó Laurel, tan directa como siempre.

–Sí –Charles tuvo que sonreír–. Si eso es lo que necesitas oír, sí.

No podía evitarlo. Quería que le tomase el pelo, que

coquetease con él, que pestañease, que clavara en él esos ojos verdes.

Charles dio un paso adelante, mirando esos ojos.

Como en una película, ella hizo lo mismo, devolviéndole la mirada.

Sin pensar, porque sin duda de haber pensado no lo habría hecho, él dio otro paso y la tomó entre sus brazos para buscar sus labios.

Y ella le devolvió el beso.

La dulzura de su boca, el calor de su cuerpo, su perfume… todo era abrumador. Era tan suave, su cuerpo se plegaba al de él de tal forma que encendió una llama que había permanecido apagada demasiado tiempo.

No se parecía a nada que hubiera sentido antes… aquel anhelo, aquella necesidad, aquella urgencia. Y aquella satisfacción.

Necesitaba a Laurel.

¿Cómo había pasado? Supuestamente, ella estaba allí para cuidar de su hija. Era una empleada, alguien que no tenía nada que ver con su vida.

¿Cuándo, y cómo, se había convertido en lo más importante?

Charles se apartó un poco para buscar aire, respirando como un boxeador después del quinto asalto, mirándola a los ojos como si allí pudiera encontrar la respuesta a todas sus preguntas.

Se miraron en silencio y entonces, sin previo aviso, Laurel se apoyó en él. Y volvieron a besarse, explorando, acariciándose, deseando más y más y más.

No pensaban, se dejaban llevar por el instinto. Él pasaba las manos por su espalda. Era tan delicada y, a la vez, tan fuerte. Cuando discutían Laurel parecía casi tan alta como él, pero ahora, entre sus brazos, era casi como una muñeca.

Charles bajó una mano y apretó su cintura para atraerla un poco más, sintiendo su calor incluso a través de la ropa.

Y volvió a besarla.

Y ella volvió a devolverle el beso.

El tiempo pareció detenerse.

Por fin, Laurel se apartó, con el rostro enrojecido.

–Esto… no podemos hacerlo.

–Lo sé.

Ella dio otro paso atrás, respirando profundamente.

–Tenemos una relación profesional. Esto podría… complicar las cosas.

–Estoy de acuerdo –asintió Charles.

Y así era. Y por la mañana, después de haber dormido ocho horas, seguramente estaría aún más de acuerdo.

–Te pido disculpas si me he portado de forma inadecuada.

¿Si me he portado de forma inadecuada?

–No, no, no estoy diciendo… –Laurel bajó la mirada un momento y luego levantó la cabeza–. Es sólo que… Ha debido ser el vino.

–Sí, eso es. El vino.

Ella sonrió.

–Los viñedos de la mansión Gray. Ese vino tiene algo especial.

–Deberíamos usar esa frase en los anuncios.

–Seguramente venderías más.

Sus ojos se encontraron un momento.

–Te pido disculpas sinceramente –repitió Charles–. Te aseguro que nunca me había pasado antes. Quiero decir… con las otras niñeras. O con otra empleada –luego carraspeó, nervioso. ¿Qué tenía Laurel Midland que lo hacía comportarse como un idiota?

–No pasa nada –sonrió ella–. Entiendo lo que dices.

–Entonces, será mejor que lo olvidemos. Te prometo que no volverá a pasar.

¿Era su imaginación o en sus ojos pudo ver un brillo de pena?

Fuera lo que fuera, desapareció enseguida.

–Bueno, me voy a mi habitación. Gracias por entenderme… y por dejar que me quede. No lo lamentarás.

Esperaba que no.

Pero algo le decía que le esperaban más problemas. Y más sorpresas.

Capítulo 12

Laurel nunca había añorado más a su mejor amiga.

Había habido muchas noches oscuras cuando pensaba en ella y en el horror de todo lo que había pasado en Lenovia. El dolor de esos pensamientos era terrible, pero diferente de la pena de echarla de menos. Y la echaba tanto de menos.

Su nombre también era Laurel. Sus compañeros solían tomarlas el pelo y las llamaban «Las Laureles». Las dos trabajaban enseñando inglés a los niños de Lenovia y echando una mano en el hospital. Y como hacían el mismo trabajo y tenían el mismo nombre, mucha gente pensaba que eran la misma persona.

Eso había acabado siendo más cierto de lo que Laurel podría haber anticipado jamás.

Pero ahora no quería pensar en esa triste pérdida. Sólo quería sentarse a tomar un mal café con su amiga, como habían hecho tantas veces, y hablar de lo que empezaba a sentir por Charles Gray.

Cuando lo conoció le pareció un hombre frío y distante. Y, por supuesto, guapísimo. No podía negar ese elemento Heathcliff, el protagonista de *Cumbres borrascosas*, que poseía.

Pero cuando empezó a conocerlo se dio cuenta de que estaba muy solo. Y de que era un hombre inteligente, divertido y fuerte. Y guapo. Pero eso ya lo había dicho antes.

De modo que se encontró pensando en él cada vez más a menudo. Viéndolo en los gestos de Penny incluso. Había tanto de él en Penny… pero no pasaban juntos el tiempo suficiente. Si había algo que Laurel debía conseguir antes de irse de aquella casa era que la relación entre padre e hija fuera más cariñosa, más cercana.

Y era por eso por lo que, cuando enviaron una nota del colegio para informarles sobre un concierto de los niños, Laurel inmediatamente decidió que Charles debería acudir.

–¿Esta noche? –había exclamado él.

–Sí.

Estaban en su estudio y Laurel había esperado hasta última hora para que terminase de hacer lo que tuviera que hacer, pero

no tanto como para que pudiera encontrar una excusa.

–Podrías haberme avisado con más tiempo.

–Si te hubiera avisado con más tiempo, habrías buscado una excusa para no ir –replicó ella.

–¿Por qué dices eso?

–Sé que no te gustan las multitudes.

–¿A quién le gustan?

–No, quiero decir que de verdad detestas las multitudes.

Charles dejó el bolígrafo sobre la mesa y se echó hacia atrás en el sillón.

–¿Y tú?

–Yo no las detesto. No evito salir de casa para no tener que ver a nadie.

–Yo tampoco.

–Entonces, ¿por qué no vas nunca a las funciones del colegio? ¿Me atrevo a mencionar el Festival de la Bruja?

–Yo que tú no lo haría.

En fin, no había sido buena idea. Pero era un argumento. Y tenía que echar mano de toda su munición.

–¿Por qué no vas a las funciones escolares? –repitió.

–¿Quién dice que no voy?

–Yo, personalmente, he estado en dos este mes –contestó ella–. El recital de piano y la obra de teatro. No viste a Penny haciendo de caja de zapatos en su debut teatral.

Charles sonrió, con cierta melancolía.

–Me habría gustado ver eso.

–Entonces, ven esta noche. Va a cantar una canción: *El espantapájaros bajo la luna de agosto*.

–¿Qué significa eso?

–Es una de las canciones del concierto. No pueden hacer nada que tenga que ver con Halloween porque es demasiado pagano ni con Acción de Gracias porque, aparentemente, no todo el mundo lo celebra. Así que han organizado un concierto de canciones espantosas que nadie conoce en honor a la luna, al viento, a las hojas que caen de los árboles… –Laurel soltó una carcajada–. Venga, lo pasaremos bien.

Charles la miró a los ojos.

–Tendré que mirar mi agenda.

–¿Mirar tu…? –Laurel se dejó caer sobre una silla, frente al escritorio–. ¿Puedes decirme qué pasa?

–No sé a qué te refieres.

–¿Por qué no quieres ir?

Charles suspiró. Lo conocía demasiado bien y él la conocía demasiado bien como para saber que no dejaría el tema hasta que obtuviera una respuesta. De modo que le diría la verdad.

–Nunca sé qué debo hacer en esos eventos.

–¿Cómo?

–Angelina era quien se encargaba de ir a las funciones escolares y conocía a todo el mundo. Yo no conozco a nadie. Fue Angelina quien eligió el colegio Pendleton porque, según ella, así sería más fácil entrar en un colegio de secundaria más prestigioso –Charles volvió a suspirar–. Angelina siempre estaba pendiente de esas cosas. Yo nunca hice nada.

–Pues yo creo que ya es hora de que lo hagas –sonrió Laurel, conteniendo el deseo de tocar sus manos–. Mira, yo no tengo hijos propios, así que para mí todo esto es nuevo también, pero no pasa nada. Sólo vas donde te digan, haces lo que hace todo el mundo y disfrutas viendo a tu hija en la función.

–¿Tú crees que a Penny le importa si voy o no?

Laurel recordó entonces la carita de Penny cuando le preguntó: «¿Tú crees que mi papá irá a verme? ¿Podrías preguntárselo?»

–Sí, claro que le importa. Y mucho.

–Entonces, iré.

–Estupendo –Laurel se levantó.

–¿Tú vas a ir?

–Si digo que sí, ¿vas a usar eso como excusa para no ir en el último minuto?

Charles soltó una carcajada.

–Debo admitir que eres lista.

Laurel sonrió, intentando no prestar atención al aleteo que sentía dentro de su pecho.

El concierto fue adorable. El sonido de esas vocecitas… incluso en canciones como *Abuelo roble* o *El gorrión tuerto* eran tan conmovedoras que varias veces tuvo que contener las lágrimas.

–¿Cuándo llega el solo de Penny? –le preguntó Charles al oído, el roce haciendo que Laurel sintiera un escalofrío.

–No estoy segura. ¿Por qué?

–Porque mi teléfono está vibrando. Tengo que contestar a esta llamada.

Ella lo miró, exasperada, pero Charles estaba mirando hacia el escenario.

–Esto no es *La Bohème*.

–¿No me digas?

–Seguro que terminará pronto.

Y terminó. Pero no antes de que Penny subiera al escenario… y se olvidase de la letra de la canción. La pobrecita estaba tan horrorizada que sus mejillas brillaban como si fueran de neón.

Cuando Laurel miró a Charles, vio que tenía los ojos clavados en su hija, los labios apretados de angustia. Y de compasión.

–Quizá deberíamos parar para tomar un helado antes de ir a casa –sugirió Laurel.

–Definitivamente –sonrió él.

Vieron el resto del convierto en silencio, el uno al lado del otro en el oscuro auditorio, sus brazos y sus piernas a unos centímetros de distancia.

De vez en cuando, cuando uno de los dos se movía, se rozaban levemente y Laurel sentía como si fuera una descarga eléctrica.

No sabía qué tenía aquel hombre, pero empezaba a albergar sentimientos de los que era cada día más difícil desentenderse.

Eso se hizo más evidente mientras volvían a casa, cuando Penny empezó a llorar.

–¿Qué te pasa, cariño? –preguntó Laurel, desabrochándose el cinturón de seguridad para volverse hacia ella.

–Se me olvidó la canción.

–¿Ah, sí? –preguntó Laurel, como si no se hubiera dado cuenta. Había estado esperando aquello y le sorprendía que hubiese tardado tanto.

Penny era muy capaz de esconder las emociones hasta que no podía más.

–Se me olvidó la letra –asintió la niña, conteniendo un sollozo.

–Yo no me di cuenta. ¿Tú te diste cuenta, Charles?

Él negó con la cabeza.

–A mí me pareció que cantabas de maravilla.

–¿He cantado bien? –preguntó la niña, parpadeando.

–Lo dirás de broma. Tú has sido la mejor.

–¿Lo dices de verdad? –Penny parecía tan contenta que las lágrimas que amenazaban con rodar por sus mejillas se quedaron estancadas en sus ojos.

–¿Sabías que tu tatarabuela Lucinda fue cantante?

–¿Quién?

–La abuela de mi padre –explicó Charles–. Y era famosa en todo el mundo. La gente recorría kilómetros y kilómetros sólo para oírla cantar.

Laurel se quedó tan sorprendida como Penny.

–¿Lucinda Moricelli?
Charles asintió con la cabeza.
–¿La conoces?
–Pues claro.
–Pensé que ya nadie se acordaba de ella.
Laurel estaba perpleja.
–Mi padre escuchaba sus discos todo el tiempo. Y lo digo en serio, todo el tiempo. Tenía una gramola
–¿Tu padre tenía discos de mi bisabuela? Pues debía de tener cien años cuando tú naciste.
–La gramola era antigua hasta para mi padre. Creo que era de sus abuelos. Pero ésa era la única música que escuchaba –Laurel sacudió la cabeza, recordando. La voz de Lucinda Moricelli había sido la banda sonora de su infancia–. ¿Tú tienes algún disco?
–Sí, seguramente.
–Ay, Penny. Ya verás cuando oigas cantar a tu tatarabuela.
–¡Quiero escucharla, quiero escucharla! ¿Podemos hacerlo cuando lleguemos a casa?
Laurel miró a Charles.
–¿Crees que podrás encontrar los discos?
Él detuvo el coche en un semáforo.
–Me parece que están en el ático. No estoy seguro del todo, pero juraría que sí –contestó, mirando por el espejo retrovisor–. Sí, creo que los encontraré.
Penny empezó a dar saltos en el asiento, la humillación en el escenario olvidada por completo.
–¿Podemos ir directamente a casa y tomar el helado mañana? Quiero oír a mi tatarabuela.
Laurel sonrió. La niña dejaba la idea del helado para el día siguiente… por si acaso a ellos se le olvidaba.
–Sí, de acuerdo.
Una hora después, Penny esperaba con el pijama puesto y la cara lavada. Pero Charles no había vuelto del ático.
La niña no pudo disimular un bostezo.
–Tengo sueño. ¿Dónde está mi papá?
–Enseguida bajará –contestó Laurel. Charles había subido al ático media hora antes y no habían vuelto a saber nada de él–. ¿Por qué no te tumbas un rato? Si te duermes, podemos oír los discos por la mañana.
–¿Mañana no tengo que ir al colegio?
Laurel negó con la cabeza.
–Mañana es sábado.

–Ah, es verdad –Penny bostezó de nuevo mientras se tapaba con la sábana. En cuanto cerró los ojos se quedó profundamente dormida. La pobrecita debía estar agotada.

Laurel sonrió mientras le daba un beso en la mejilla. Había sido un día muy largo y la niña había pasado de los nervios de la actuación a la vergüenza de olvidar la letra y luego a la emoción de descubrir que su tatarabuela era una famosa cantante.

Era lógico que estuviese agotada.

Capítulo 13

El ático era un sitio como salido de un cuento para niños, lleno de polvo, muebles viejos y telarañas.

Cuando era pequeño, Charles disfrutaba subiendo allí para mirar dentro de los arcones en busca de tesoros. Había cosas de todas las generaciones de los Gray, incluso de la guerra civil americana. Solía pensar que un día, cuando tuviera tiempo, organizaría todo aquello. Seguramente habría tesoros de verdad allí arriba.

Desgraciadamente, en aquel momento no podía encontrar lo que estaba buscando: la caja de madera con los discos de su bisabuela.

–¿Charles?

La voz de Laurel lo sobresaltó. Nunca había estado en el ático con otra persona, pero siempre había esperado que lo visitase algún fantasma…

–Lo siento, no quería asustarte –se disculpó ella–. Sólo quería decirte que no tengas prisa. Penny se ha dormido. Estaba muy cansada.

–Sí, pensé que iba a quedarse dormida en el coche.

–No ha tardado nada –sonrió Laurel, mirando alrededor, a la luz de una tenue bombilla, probablemente de 1942–. Esto da un poco de miedo.

Charles asintió, pensativo.

–Podría contratar a alguien para que organizase todo esto, pero creo que lo prefiero así.

–No me extraña –dijo ella. Aquel sitio tenía un ambiente muy agradable. En realidad, era la habitación más cálida de la casa. Bueno, tenía eso y un cierto elemento mortuorio, aunque esperaba que no fuera el caso–. Es como la habitación de una casa encantada. No me gustaría subir aquí sola.

–Yo solía hacerlo todo el tiempo.

–¿Ah, sí?

Laurel intentó imaginarlo subiendo allí y… ¿y qué? Nada.

–Cuando era pequeño –explicó Charles–. Éste era un sitio estupendo para escapar.

–Ah, me lo imagino.

Y podía imaginarlo, pensó, pasando la mano por la vieja gramola… y limpiándose luego en el pantalón.

–Hace tiempo que no se usa, ¿eh?

–Pues no –rió Charles–. Ahora me gusta oír la música en un estéreo.

–Por dentro está muy limpia –murmuró Laurel–. ¿Tienes algún disco por ahí?

–Eso es lo que estoy buscado, pero no los encuentro –suspiró él, tomando un viejo álbum de recortes.

–¿Dónde quieres que busque?

–Ahí, por ejemplo –contestó Charles, señalando un viejo baúl bajo una ventana redonda–. Tienen que estar ahí.

–No puedo creer que no los tengas abajo para oírlos de vez en cuando –murmuró ella, acercándose al enorme baúl que podía contener un esqueleto.

–No suelo usar la gramola. No soy tan viejo.

–Pues deberías –rió Laurel, temiendo que algo le saltara encima. Pero dentro del baúl sólo había una colección de libros y… ahí estaban, los discos de Lucinda Moricelli–. ¡Mira, los he encontrado!

–¿Ah, sí? –Charles dejó la caja en la que estaba buscando y se acercó a ella.

–Parece que están en perfectas condiciones.

Él se inclinó para tomar uno.

–No se han usado mucho. Ni siquiera sé cuántos hay. ¿Quieres poner alguno en especial?

–Éste –contestó Laurel.

Charles levantó la tapa de la gramola, colocó la pesada aguja de plomo y… ¡*voilà*! Música.

La voz era tan clara, tan emotiva, tan profunda, que casi inmediatamente Laurel se puso a llorar.

–Oye, ¿qué pasa? ¿Por qué lloras?

–Por nada, por nada –contestó ella–. Estoy bien. Es que es… tan bonito.

–¿Siempre lloras cuando eres feliz?

–A veces.

Sonriendo, Charles acarició su cara.

–Cómo eres.

Laurel lo miró a los ojos. Quería que la besara. Lo deseaba tanto que no podía soportarlo.

Sabía que era poco profesional, que Charles Gray era su jefe,

que deberían mantener las distancias por Penny, pero… maldición. De verdad esperaba que la besase.

Y él no la decepcionó.

Charles se inclinó un poco para estar a su altura, pero aquella vez era más embriagador. Porque aquella vez lo habían hecho antes y se habían echado atrás… pero estaban haciéndolo otra vez. En aquel ático medio a oscuras, solos, como perdidos en el tiempo.

Y eso debía significar que para Charles Gray era tan difícil resistirse como para ella.

Laurel no podía pensar mientras lo besaba.

Y no quería hacerlo.

Sólo quería dejarse llevar.

Dejó que la maravillosa sensación la marease, pero cuando estaba con Charles se sentía centrada. Como si todo estuviera bien.

Al menos, de momento.

No dejaría que aquello llegase más lejos. Después de todo, seguía siendo su jefe. Tenía que recordarlo.

Y lo intentó. Lo intentó de verdad… mientras acariciaba su espalda, mientras respiraba el olor de su piel.

Charles la apretó contra su pecho con más fuerza. Laurel sintió la hebilla del cinturón rozando su estómago e intentó no imaginar lo que habría debajo.

Pero era imposible.

Él mordisqueó su labio inferior y luego la besó en el cuello, en la garganta…

–Nunca me había sentido así.

–Yo tampoco.

–¿Deberíamos parar?

Laurel contuvo el aliento. Desde luego que deberían parar. ¿Pero podrían hacerlo?

–No.

–Un poco más –murmuró, buscando sus labios.

Él respondió con entusiasmo, dando la conversación por terminada para explorar su boca.

Laurel echó la cabeza hacia atrás y él la besó desde la barbilla hasta la garganta.

–¿Vamos a mi habitación? –le preguntó, con voz ronca.

–Si hacemos eso, lo lamentaremos después –contestó Laurel–. Creo.

–Sí, tienes razón –asintió él, sin dejar de besarla.

Laurel quería más.

Pero no podía ser.

Porque si seguían adelante llegarían a un punto del que no podrían volver. Empezaba a sentir algo por Charles Gray que no había sentido por nadie, pero ya había sufrido suficiente en la vida. No quería entregarle su corazón a un hombre del que no estaba segura.

De modo que se apartó.

–Tenemos que hablar.

–¿Ah, sí? –murmuró él. Era como si siguiera embriagado por el encuentro.

–Sí –Laurel tragó saliva–. Nos espera una semana complicada.

–¿Por qué?

–Acción de Gracias –contestó ella, sentándose sobre una caja.

–¿Acción de Gracias?

–Sí. Acción de Gracias –repitió Laurel–. Es la semana que viene. El jueves próximo.

Él tenía que irse a Napa el jueves.

–Yo estaré fuera de la ciudad. Me voy el jueves por la mañana.

–Lo dirás de broma.

–No.

Laurel lo miró, incrédula.

–¿Vas a marcharte el día de Acción de Gracias? ¿Cómo puedes hacer eso?

–Tengo una reunión.

–Pero es un día imposible para viajar. Todo el mundo vuelve a casa para reunirse con su familia…

–Tengo una reunión de trabajo. Y viajo en avión privado, así que los atascos no son un problema –la interrumpió Charles–. Mira, normalmente los empleados tienen el día libre y Penny y yo vamos a Chez Rousse para cenar. Es nuestra tradición.

Debería haber imaginado que eso no sería suficiente para Laurel Midland.

–¿Tu tradición es llevar a tu hija a un restaurante francés el día de Acción de Gracias?

–La cuestión es estar con la familia, ¿no? No lo que comas o dónde comas.

–Claro que la cuestión es estar con la familia… y el pavo y la salsa de arándanos… y el puré de patata y el pastel de calabaza y…

–Vamos, que consiste en darte un atracón.

–¡Sí! –exclamó ella–. Con tus seres queridos. En casa. Donde uno puede desabrocharse un botón del pantalón después de cenar sin preocuparse de que se te caiga delante de un montón de

extraños.

Charles soltó una carcajada.

–Aunque me gustan las costumbres de la familia Midland, yo creo que Chez Rousse es suficiente. Le diré a mi secretaria que reserve mesa para las dos. Y te agradecería que no pusieras pegas… por Penny.

Laurel iba a decir algo, pero se lo pensó mejor.

–Muy bien, como quieras. Bueno, me voy abajo… por si despierta la niña.

Él asintió con la cabeza.

–De acuerdo.

No quería que se fuera, pero si le pedía que se quedara no sería responsable de lo que pudiera pasar.

–Bajaré los discos para que se los pongas mañana, si le apetece.

–Está muy interesada. Y creo que tú deberías estarlo también. Deberías contarle todo lo que recuerdes de tu bisabuela.

–No la conocí. Murió antes de que yo naciera. Y la verdad es que mi padre casi nunca hablaba de ella. La única razón por la que sé algo de mi bisabuela es porque encontré sus discos y un montón de álbumes con recortes de periódicos.

Laurel lo miró, los ojos llenos de compasión.

–Qué pena. Pero aunque no puedas contarle a Penny ninguna anécdota, puedes ponerle los discos y contarle lo que sepas de ella. Eso sería bueno.

–Muy bien.

Los dos se quedaron en silencio durante unos segundos. Tiempo suficiente para que Charles decidiera y luego dejase de decidir besarla de nuevo. Al fin, dejó que las cosas quedasen como estaban, por miedo de acercarse y no poder apartarse de nuevo.

–Gracias por todo –murmuró, mirando en una de las cajas–. Eres una gran ayuda. Penny tiene suerte de que estés aquí.

Estuvo a punto de decir «yo tengo suerte de que estés aquí», pero se contuvo.

–Me alegro de estar aquí –murmuró ella–. Bueno, me voy. Buenas noches.

Charles quería pedirle que se quedara, pero no podría explicarle por qué. Sólo quería estar con ella por deseo, por soledad. ¿De qué serviría eso?

–Buenas noches, Laurel. Hasta mañana.

Capítulo 14

No te puedo decir cuánto me alegro de volver a verte! –exclamó Lily, abrazando a su hermana por enésima vez desde que llegó a su dúplex frente a Central Park–. ¿Cómo te encuentras? Ven, siéntate, cuéntamelo todo.

–Estoy bien –rió Rose–. Estoy embarazada, no soy de cristal.

En los dos meses que llevaban sin verse, Rose había… florecido. Brillaba de pura felicidad. Desde luego, su matrimonio con Warren le sentaba bien.

Inicialmente, Lily no había estado de acuerdo con su elección de marido, pero Warren se ganó su corazón como se había ganado el de su hermana. Al final, las dos chicas de Brooklyn no eran tan diferentes del famoso constructor que, como ellas, había crecido en el orfanato Barrie.

Y era por eso por lo que, cuando descubrió que había una tercera hermana de la que Lily y Rose no sabían nada, Warren había tomado la decisión de encontrarla, estuviera donde estuviera.

–Bueno, háblame de esa tal Laurel Midland –dijo Lily, después de que su hermana le hubiera contado todo sobre el embarazo–. ¿Has hablado con ella?

–No –contestó Rose–. Parece que tiene algunos… problemas.

–¿Qué problemas?

–No lo sé exactamente. Pero parece que perdió la cabeza cuando Laurel murió. Desapareció la misma noche del accidente y volvió a Estados Unidos.

–A lo mejor eran muy buenas amigas y su muerte fue un trauma para ella.

–O quizá temía por su propia vida –dijo Rose, muy misteriosa.

–¿Por qué dices eso? Laurel murió en un accidente, ¿no?

Su hermana negó con la cabeza, los ojos llenos de lágrimas.

–No es seguro del todo. El director del centro en el que trabajaban me dijo que Laurel había puesto en el disparadero a un jefe de la mafia local. Estaban usando niños para pasar droga y ella intentaba que las autoridades hiciesen algo. Al principio pensaron que el jeep había caído por el barranco y que explotó

después, pero la investigación parece demostrar que explotó antes de caer por el barranco…

–¡Ay, Dios mío!

–Fue un sabotaje.

Lily estaba horrorizada.

–¿Las autoridades hicieron algo?

–¿Qué podían hacer?

–No lo sé, detener al culpable, supongo.

–No pudieron hacer nada.

–¿Y están seguros de que Laurel Midland se encuentra bien? Si ha desaparecido y era tan amiga de nuestra hermana, a lo mejor…

–No, por lo visto dejó una nota diciendo que volvía a su país y el investigador de Warren ha descubierto que está en los viñedos Gray. Trabaja como niñera en casa de Charles Gray.

Lily empezaba a entender.

–Y tú no quieres llamarla para que no salga corriendo.

–Eso es. Si le decimos que queremos hablar de Laurel Standish podría pensar que tenemos algo que ver con los que la asesinaron.

–Y Laurel jamás le habría hablado de sus hermanas porque no sabía que las tuviera… Si la llamamos diciendo eso parecería una telenovela.

–Sí.

–¿Y qué hacemos entonces?

–Ir a verla. Si hablamos con ella… si nos ve en persona verá el parecido. Bueno, al menos eso espero.

–Seguro que nos parecemos a Laurel –murmuró Lily–. A nuestra Laurel quiero decir. ¿Y qué va a pasar con los traficantes de droga?

–Ah, qué horror –Rose se apoyó en el respaldo de la silla–. Warren ha hecho algunas llamadas y las autoridades están intentando investigar. Supongo que algún día acabarán en la cárcel.

–Y así de sencillo, el problema por el que murió Laurel se habrá resuelto –suspiró Lily. Rose y ella se habían pasado la vida sin un céntimo y seguía asombrándola lo fácil que era resolver problemas cuando uno tenía dinero. Era injusto, pero al menos podía alegrarse de resolver algo.

–Al menos podemos hacer eso por Laurel –dijo Rose, haciéndose eco de sus pensamientos.

–Sí, es verdad.

La noticia de que su hermana podría haber muerto asesinada era terrible.

–¿Estás cansada? –preguntó Rose.

–Un poco –murmuró Lily.

–Bueno, pues ya está bien de charla por una noche. Vamos a la cama. Mañana trazaremos un plan para ir a ver a Laurel Midland.

Capítulo 15

Como le había dicho, Charles se marchó el día de Acción de Gracias sin mirar atrás. Al menos, así le pareció a Laurel.

Aunque para ella cada día que no estaba en casa era un día triste, de modo que quizá no era un testigo muy imparcial para juzgar lo que estaba bien y lo que estaba mal.

Pero no lo necesitaba allí todo el día. Casi siempre estaba ocupada con Penny y no había tiempo para romances. Un romance con su jefe, además.

Y, en realidad, estar con Penny la hacía feliz. Tanto que tenía la impresión de conocerla desde siempre.

Quizá por eso, cuando Charles dejó instrucciones para que fuese a cenar con Penny a Chez Rousse, Laurel no dejaba de buscar excusas para no hacerlo. Afortunadamente, la madre naturaleza se puso de su parte.

El informe del tiempo decía que iba a haber una nevada esa noche. Las carreteras serían un peligro en esas circunstancias y Laurel no se arriesgaría a conducir bajo una tormenta de nieve con Penny en el coche. De modo que en cuanto oyó el informe del tiempo se dirigió al supermercado para comprar provisiones. Por si acaso.

Y «por si acaso» había empezado a caer alrededor de la una en grandes copos.

Afortunadamente, las provisiones que había comprado incluían un pavo de cinco kilos, una bolsa de patatas de Idaho, cuatro batatas, una bolsa de nubes, guisantes congelados, crema de arándanos, aros de cebolla, crema de champiñón y un pastel de calabaza congelado. Era buena cocinera, pero no tanto como para organizar toda una cena de Acción de Gracias en unas horas.

Como esperaba, siguió nevando durante toda la tarde y no parecía a punto de parar.

Qué alivio.

Miles entró en la cocina cuando estaba colocando todos los ingredientes sobre la encimera.

–Se acerca una tormenta. ¿Quiere que le traiga algo de la tienda antes de irme a pasar el fin de semana con mi familia?

–No, Miles, tenemos de todo. Gracias.

–Parece que va a organizar una cena de Acción de Gracias de verdad.

Laurel asintió con la cabeza.

–He comprado demasiado para dos personas.

–No se echará a perder. Puede hacer bocadillos de pavo, ya sabe –rió el hombre.

–Miles de bocadillos, sí.

–La señora nunca cocinaba –dijo Miles entonces.

¿La señora? ¿Qué señora?

–¿Perdona?

–La madre de Penny. Nunca entraba en la cocina. Yo creo que el señor Gray se quedará impresionado.

Laurel se puso colorada.

–No lo hago por él.

Miles asintió con la cabeza.

–Llevo cincuenta años trabajando aquí. He visto mucha gente ir y venir, criados, niños, esposas. Pero nunca he visto al señor Gray mirar a nadie como la mira a usted. Si no le importa que se lo diga.

Laurel se quedó sin aliento.

–Yo creo que te equivocas. El señor Gray me mira como a cualquier empleada.

Miles rió de nuevo.

–No es verdad, señorita Laurel. No es verdad en absoluto. Bueno, feliz día de Acción de Gracias.

–Lo mismo digo –murmuró ella, incómoda. No sabía cómo tomarse aquello.

Sabía que Charles no estaba tonteando. Y tampoco lo hacía ella.

Pero parecía demasiado esperar…

De modo que decidió concentrarse en la cena para que fuese el mejor día de Acción de Gracias en la vida de Penny. Sobre Charles ya pensaría más tarde.

A las tres, Laurel estaba poniendo los últimos toques de mantequilla, sal y pimienta en el pavo antes de meterlo en el horno.

A las cuatro, cuando el delicioso olor empezaba a llenar la cocina, llamó a Chez Rousse para cancelar la reserva.

A las cinco, la cocina olía a pavo asado, a salsa casera y a puré de patatas con crema de queso azul.

–¿Es así como lo hacían los pioneros? –preguntó Penny.

–Más o menos –contestó Laurel, poniendo unas nubes sobre la crema de batatas–. El espíritu es el mismo.

–Los pioneros no tenían nubes –rió la niña–. ¿Verdad que no?

–No, pero les habría encantado tenerlas.

–Yo nunca he comido así el día de Acción de Gracias –dijo Penny, emocionada–. Siempre tomo sopa de cebolla *au gratin* y *filet mignon*.

–Filete y sopa, ¿eh? –rió Laurel, sacudiendo la cabeza–. Pues esta cena responde más al espíritu de los pioneros.

Y así era. Aunque estaban las dos solas, quemando nubes sobre una cacerola, Laurel nunca había tenido un día de Acción de Gracias más encantador.

–¿Te acuerdas de lo que dijo la gitana en el Festival de la Bruja? –preguntó Penny entonces.

Laurel intentaba no pensar en lo que había dicho la gitana, de modo que no sabía muy bien a qué se refería.

–¿Qué?

–Que mi papá iba a casarse contigo.

–No creo que dijera eso.

–Sí lo dijo –insistió la niña–. O algo así. Dijo que iba a vivir contigo para siempre.

–La gitana era una actriz, Penny. Sólo estaba jugando.

La niña la miró, confusa.

–¡No es verdad! Mi papá y tu os vais a casar.

–No, cariño, no vamos a casarnos.

–¡Sí os vais a casar! ¡Yo lo sé! –gritó Penny, al borde de la histeria.

–Bueno, bueno, cálmate. Nadie sabe lo que va a pasar en el futuro…

–¿Entonces puede pasar? ¿Podrías casarte con él?

Un mes antes, Laurel se habría quedado helada ante su propio impulso de decir «quizá», pero ella sabía que hacían falta dos personas para formar un matrimonio y uno de los dos ni siquiera había considerado esa posibilidad.

–No, cariño. Yo estoy aquí por ti, no por tu padre.

–¡Pero él también te necesita! –insistió Penny–. Es más feliz desde que tú estás aquí.

–¿De verdad?

–Antes nunca hablaba con las otras niñeras, pero siempre está hablando contigo. Y se ríe. Y a veces me pregunta dónde estás. Antes no lo hacía nunca.

Laurel tuvo que tragar saliva. Primero Miles, ahora Penny…

¿De verdad podría haber algo entre Charles Gray y ella?

¿Existiría alguna posibilidad de que él compartiera los sentimientos que empezaban a crecer en su corazón?

–Tu padre es un hombre muy agradable, pero no quiero que empieces a esperar que va a haber algo entre nosotros, Penny. Como he dicho antes, yo estoy aquí por ti.

Penny no parecía creer eso en absoluto.

–La gitana dijo que tú ibas a ser mi mamá.

–No dijo eso, cariño. Lo que dijo fue… –Laurel se detuvo. No pensaba repetir las palabras de aquella falsa adivinadora. Aunque las recordaba perfectamente–. En serio, cielo, sólo era un juego. No era de verdad.

Penny pareció aceptarlo, pero con expresión escéptica.

–Mi papá llegará pronto a casa. Entonces le preguntaremos.

Laurel no tuvo corazón para decirle que su padre no llegaría a casa esa noche porque estaba en el valle de Napa, en California. A miles de kilómetros de distancia.

–Ya veremos.

Pero una hora y media después, cuando el pavo estaba listo y las nubes sobre las batatas completamente hechas, Laurel tuvo la oportunidad de oír la respuesta de labios del propio Charles.

Porque a las seis y media en punto, a pesar de lo que había dicho, Charles Gray entraba en casa.

–Pareces sorprendida –le dijo, al ver que se ponía pálida.

–No te esperaba –murmuró Laurel, con el corazón acelerado.

–Hacía demasiado viento como para despegar. Hemos estado esperando varias horas, pero… –Charles arrugó el ceño al ver la encimera llena de comida–. ¿Qué es esto?

–La cena de Acción de Gracias.

–Pensé que ibais a cenar en Chez Rousse.

–Sí, pero con esta tormenta… pensé que la carretera se helaría y no quería arriesgarme.

–Buena idea –dijo él–. ¿Así que también sabes cocinar?

–Sí.

–Si te hubiera contratado como cocinera desde el primer momento no habríamos tenido tantos problemas –rió Charles entonces.

–¿Estás diciendo que lamentas haberme contratado como niñera de Penny?

–Lo creas o no, no estoy diciendo eso –contestó él, metiéndose

una nube en la boca.

–Ah, qué alivio.

El viento aullaba fuera, golpeando los cristales de las ventanas.

Dentro se estaba calentito y olía tan bien. Todo era tan bonito que Laurel pensó que nunca se había sentido más feliz.

Penny llegó corriendo a la cocina en ese momento.

–¡Papá! –gritó, echándose en sus brazos, algo que Laurel jamás la había visto hacer hasta entonces.

Charles la tomó entre sus brazos y la lanzó al aire.

–La cena de Acción de Gracias en casa. ¿Qué te parece?

–¡Me gusta! –exclamó la niña–. ¡Laurel cocina muy bien!

–Desde luego que sí –sonrió Charles, dejando a su hija en el suelo.

–¿Puedo ir a ver *Sonrisas y Lágrimas*? La están poniendo en la tele.

–Sí, claro. Ve a verla.

Cuando Penny desapareció, Charles se volvió hacia Laurel.

–Parece que has hecho un milagro.

–¿Yo? ¿Por qué dices eso?

–Tú sabes por qué.

–No, bueno… la verdad es que Penny parece más alegre.

Charles se acercó a ella, mirándola a los ojos.

–Eres asombrosa.

Ella tragó saliva.

–Tú tampoco estás mal.

–Creo que es hora de hablar de algo que no sea trabajo –murmuró Charles, antes de inclinarse para besarla. El corazón de Laurel latía tan fuerte que temió que pudiese oírlo, pero le devolvió el beso con toda su alma. No decían nada, parecían comunicarse sin palabras.

Charles pasaba las manos por su espalda y sus caderas… y Laurel sintió un cosquilleo en el vientre.

Lo deseaba.

Deseaba estar con él.

Y no sólo una noche, sino para siempre.

Entonces sonó un móvil. Sobresaltada, se apartó, pasándose una mano por la boca.

–Sólo es el móvil, mujer –rió Charles.

–Deberías contestar.

–Prefiero que siga sonando –dijo él, volviendo a tomarla por la cintura.

Laurel quería perderse entre sus brazos, pero necesitaba tiempo

para pensar, para decidir qué significaba aquello y qué iba a hacer… con todos esos sentimientos.

–No, contesta, anda. ¿Y si fuera una emergencia?

–Todas las personas que me importan están a salvo en casa ahora mismo.

–De todas formas. Yo debería ir a ver qué hace Penny –sonrió Laurel.

La verdad era que no deseaba nada más que estar con él, pero quería comprobar que la niña estaba viendo una película y no espiándolos desde la puerta de la cocina para comprobar que la gitana tenía razón.

–Esto no ha terminado –le advirtió Charles, sacando el móvil del bolsillo.

–Cuento con ello –sonrió Laurel, antes de salir de la cocina.

–Espero que sea importante –gruñó Charles, al comprobar que era Brendan Brady.

–Es importante –dijo el investigador–. Muy importante.

Charles se sentó. Tenía que ser algo sobre Laurel. No le apetecía oírlo, pero sabía que debía hacerlo.

–Dime.

–Laurel Midland.

–Ya me imagino. ¿Qué pasa con Laurel? –preguntó Charles, que empezaba a tener un horrible presentimiento.

–Que está muerta –contestó Brendan–. Laurel Midland está muerta.

Capítulo 16

Satisfecha al ver que Penny estaba absorta en la película, Laurel volvió a la cocina sintiendo como si caminara sobre las nubes. Ante ella tenía la promesa de los besos de Charles, sus abrazos y quizá… quizá, un futuro a su lado.

Dos meses antes jamás habría creído que algo así fuera posible para ella. El amor era tan improbable como que le tocase la lotería.

Pero, de repente, era como si le hubiera tocado la lotería.

Y era un premio más grande del que jamás podría haber imaginado.

Cuando entró en la cocina, Charles estaba sentado en un taburete, el teléfono sobre la encimera. Estaba pálido y su expresión era la de alguien que hubiera recibido una mala noticia.

–Charles, ¿qué ocurre?

Él levantó la mirada. Y por primera vez en mucho tiempo sus ojos eran fríos como el hielo.

–Dímelo tú.

–¡No lo sé! ¿Qué ha pasado? ¿Te han dado una mala noticia?

–Podríamos decir que sí –suspiró él–. De hecho, podríamos decir que es una noticia malísima.

–¿Qué ocurre? Cuéntamelo. A lo mejor yo puedo ayudarte.

Charles se encogió de hombros y Laurel se dio cuenta de que la noticia era sobre ella.

–Me temo que no podrías ayudarme.

–Por favor, dime qué pasa –insistió Laurel.

–Yo iba a preguntarte lo mismo.

–No te entiendo. ¿Qué te han dicho por teléfono?

La felicidad, la alegría y el optimismo que había sentido unos segundos antes se desvanecían como el humo.

–¿Por qué no empiezas por contarme quién eres en realidad, Laurel?

Ella dio un paso atrás.

–¿Quién te ha llamado?

–Un investigador privado. Hizo una investigación preliminar sobre ti… lo hago con todos mis empleados. No había encontrado

nada… hasta esta tarde. Y la noticia que me ha dado es muy turbadora.

–¿Qué?

–Primero responde tú a mis preguntas. ¿Quién eres?

–Me llamo Laurel.

–Laurel Midland está muerta –dijo Charles entonces–. Murió en un accidente en Lenovia.

Laurel se mordió los labios.

–Soy Laurel Standish.

–Laurel Standish –repitió él–. ¿La chica que creyeron que iba en el jeep?

–Sí –contestó ella, angustiada–. ¿Con quién has hablado? ¿Quién sabe la verdad?

Charles la miró, escéptico.

–No entiendo cómo la gente que trabajaba contigo te creyó muerta. ¿De pronto se volvieron todos ciegos? ¿Nadie se dio cuenta de que tú no eras Laurel Midland?

–Todos sabían quién era –suspiró ella–. Me protegieron anunciando que era yo quien había muerto. Fue idea del director del centro que tomase el apellido de mi amiga para que pudiese empezar de nuevo en mi país.

–¿Empezar de nuevo por qué?

Laurel dejó escapar un largo suspiro. Iba a tener que contarle la verdad. Si quería que confiase en ella, tendría que contarle la verdad que no le había contado a nadie.

–Laurel y yo trabajábamos juntas en Lenovia. Todo iba bien hasta que descubrimos que la mafia local usaba a los niños para pasar droga por la frontera. Les ofrecían un par de dólares, comida… lo que fuera. Era un país en guerra y había mucha miseria. Y si los pillaban, los mataban como si fueran animales. Y eran niños, Charles. ¡Niños! Las autoridades no hacían nada, pero Laurel y yo decidimos protestar. Nadie quiso ayudarnos, pero… a los traficantes de droga no les hizo ninguna gracia que metiéramos las narices en sus asuntos.

Laurel dejó escapar un largo suspiro.

–Sigue –dijo Charles.

–Laurel Midland era mi mejor amiga. La mejor amiga que he tenido nunca. Una noche teníamos que ir a llevar suministros al centro. Solía ir yo porque hablaba el idioma mejor que Laurel, pero esa noche… esa noche estaba enferma. No me acuerdo qué era, un dolor de estómago, algo sin importancia. Mi amiga decidió ir por mí. Y a la mañana siguiente descubrimos que había muerto.

–Pusieron una bomba en el jeep.

–Supongo que sí –contestó Laurel, con los ojos llenos de lágrimas–. Todo el mundo me dijo que me fuera del país lo antes posible y eso hice. Como Laurel no tenía familia… nadie iba a preguntar, así que decidieron que cambiásemos de identidad –tuvo que respirar profundamente para seguir hablando–. Ésa es toda la verdad. Nos metimos en algo peligroso… y mi amiga pagó las consecuencias.

–Pero tú estás a salvo.

–No lo sé, no estoy segura.

Charles se levantó para acariciar su pelo.

–Me alegro mucho de que estés aquí. Me alegro mucho de que estés a salvo, Laurel.

–¿Entonces me crees?

–Claro que te creo. Gracias a Dios tus amigos te protegieron. Brendan consiguió esa información no sé cómo… pero me ha jurado que nadie más lo sabe. Y nadie más lo sabrá nunca.

–No sé, me siento tan perdida…

–No estás perdida –la interrumpió él–. Has terminado donde debías terminar, aquí, conmigo.

–¿Me perdonas por haberte mentido?

–¿Perdonarte? Tendría que ser un imbécil para no entender lo que te ha pasado. Tú intentaste hacer algo por esos niños… y perdiste a tu mejor amiga. Te admiro por eso, Laurel. Te admiro por haber arriesgado tu vida. Y te prometo que nunca, jamás, te pasará nada estando conmigo.

–Charles…

–De hecho, llamaré a mi abogado para que hable con el Departamento de Estado. Quizá ellos puedan hacer algo. Al menos detener a esos canallas para que ningún niño tenga que pasar por eso. Pero ya no son una amenaza para ti, te lo aseguro. Nadie será nunca una amenaza para ti mientras estés conmigo.

Temblando, Laurel le echó los brazos al cuello y Charles la apretó contra su corazón.

–Pobrecita mía…

–He pasado tanto miedo. No sé qué habría hecho de no haberte encontrado. Me sentía tan culpable por la muerte de mi amiga…

–Yo también sé lo que es sentirse culpable –suspiró él–. He estado un año y medio sintiéndome culpable por la muerte de Angelina… hasta que por fin me di cuenta de que uno no puede responsabilizarse por el destino.

–¿Cuánto tiempo tardaste en darte cuenta de eso?

–Me di cuenta hace un mes –sonrió Charles–. Cuando empecé a enamorarme de ti.

–¿Enamorarte? –repitió ella.

–Aunque parezca una locura, estoy enamorado de ti, Laurel.

–¿Por qué? Siempre estamos discutiendo.

–¿Por qué me he enamorado de ti? ¿Por qué sale el sol cada mañana? Porque sí. Era inevitable.

–Sí, te entiendo –murmuró ella, mirándolo a los ojos–. Te entiendo porque yo también me he enamorado de ti.

Charles sonrió, una sonrisa franca, alegre. Feliz.

–¿En serio?

–Sí, en serio. Te quiero. Eres imposible, pero te quiero.

–¿Lo quieres? –oyeron entonces una vocecita–. ¿Quieres a mi papá?

Los dos se volvieron para ver a Penny en la puerta, con una sonrisa de oreja a oreja.

–Sí, lo quiero –contestó Laurel.

–Y es una suerte porque yo también la quiero a ella –sonrió Charles, abriendo los brazos para recibir a su hija–. Y a ti también, cariño mío.

–¡Lo sé! –contestó la niña–. ¿Vais a casaros? ¿A que la gitana tenía razón?

Laurel y Charles se miraron.

–Sí, parece que tenía razón en todo. Por muy difícil que resulte creerlo.

–Yo la creí todo el rato –dijo la niña–. Se lo conté a Margarita y ella me dijo que os ibais a casar y a vivir felices para siempre jamás.

–Ah, menos mal que Margarita lo sabía –rió Charles.

–Bueno, ¿y ahora qué hacemos? –preguntó la niña, muy seria.

Charles miró a Laurel.

–¿Tú qué crees que deberíamos hacer?

–No sé, podríamos celebrar el día de Acción de Gracias, por ejemplo.

–Ah, qué buena idea –sonriendo, Charles se inclinó para darle un beso en los labios–. Nunca había tenido tanto por lo que dar las gracias.

Epílogo

Charles y Laurel hablaron durante toda la noche, mientras el viento soplaba salvajemente al otro lado de los cristales. Él le contó lo poco que Brendan Brady había averiguado sobre Laurel y ella le contó el resto.

Lo único que no sabía era que tenía dos hermanas. En cuanto Charles supo que estaba interesada en conocerlas, más que interesada, emocionada, le prometió que pondría a uno de sus hombres a trabajar.

Laurel había intentado encontrar a alguien que hubiese estado en el orfanato Barrie, pero el orfanato había cerrado sus puertas muchos años atrás.

Si tenía hermanas, si eso era cierto, o ellas tampoco lo sabían o no habían sido capaces de localizarla. O no les importaba.

Según pasaba el tiempo, el optimismo de Laurel empezó a desvanecerse.

Hasta una mañana, una semana después del día de Acción de Gracias.

El timbre sonó a primera hora y cuando Laurel abrió la puerta y vio a dos mujeres, una rubia y otra pelirroja, supo inmediatamente, en su corazón, que las conocía. Que en otro momento de su vida habían estado juntas.

–¿Sí?

Las mujeres se miraron la una a la otra.

–¿Eres Laurel Midland? –le preguntó la rubia.

–Yo… –Laurel no sabía qué decir–. Bueno, sí, soy Laurel.

–En fin, puede que esto te parezca un poco extraño, pero sabemos que acabas de volver de Lenovia y nos gustaría hablar contigo sobre una compañera tuya.

–¿Quién?

–Laurel Standish.

–¿Quiénes sois? –preguntó Laurel, con el corazón acelerado.

¿Podría ser? ¿Podrían ser sus hermanas?

–Somos sus hermanas –contestó la pelirroja–. Yo soy Rose y ella es Lily. Queríamos localizar a Laurel, nuestra hermana, pero supimos que había muerto… –Rose, emocionada, no pudo terminar la frase.

–Yo soy Laurel. Hubo un… pequeño error de identificación. Yo soy Laurel Standish.

Lily se llevó una mano al corazón.

–¿Laurel?

Ella asintió con la cabeza, incapaz de hablar.

–¿Eres tú? ¿Eres Laurel Standish? ¿Te adoptaron en el orfanato Barrie, de Brooklyn hace veintiséis años?

Laurel asintió con la cabeza.

–Sí. Soy yo. No me lo puedo creer… Acabo de saber de vuestra existencia y habíamos empezado a buscaros, pero…

–Nosotras no sabíamos nada de ti hasta hace unas semanas –la interrumpió Rose–. Y entonces nos dijeron que habías muerto. ¿De verdad eres tú?

–Sí, soy yo.

Lily sonrió.

–No me lo puedo creer. Las tres hermanas reunidas por fin. Yo soy tu hermana Lily y, por lo visto, soy la mayor. Ésta es Rose, la del medio, tú eres la pequeña. Y éste –dijo entonces, tocando el abdomen de Rose– es tu futuro sobrino.

Laurel soltó una carcajada que le salió mezclada con un sollozo.

–¡Dios mío, cuántas cosas nuevas! Pero pasad, pasad, por favor. No os quedéis ahí. Tenemos tantas cosas que contarnos…

–Veintiséis años –dijo Rose.

–Espero que tengas tiempo –sonrió Lily, tomando su mano.

–Tengo todo el tiempo del mundo –contestó Laurel–. Para vosotras, todo el tiempo de mundo.